

EL PADRE

REYES RAMÍREZ

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Reyes Ramírez

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Diseño de portada: Rubén García
Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1386-092-3

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

PRÓLOGO

Él ha vuelto. Mi corazón comienza a bombear con fuerza rogándole a Dios que no esté borracho o, por lo menos, no tan borracho como para volver a pegar a mi madre hasta hacerle perder el sentido.

Su voz áspera y farfallosa me hace temer lo peor.

—¿Dónde está mi comida, puta gandula? —sus gritos hacen retumbar la puerta de mi habitación.

Trago saliva y dejo los apuntes de mi trabajo de Contabilidad de Gestión. Estoy en el último curso de ADE y estoy deseando terminar la carrera para poder trabajar y, de paso, intentar hacer un poco más fácil la vida de mi madre. Ya tengo casi veintitrés años y estoy harto de depender del alcohólico de mi padre.

—¡No me vengas con excusas, pedazo de vaga! ¡El mercado abre a las ocho, has tenido tiempo de sobra de hacer el puto cocido! ¡Llega uno de trabajar y no tiene la comida en la puta mesa!

Un nuevo grito me sobresalta. Abro la puerta de mi habitación y oigo a mi madre sollozando.

—De verdad que había mucha gente, perdóname. Me he entretenido en la carnicería.

—Eres una vaga y una guarra... No tienes remedio.

Me asomo al umbral de la cocina justo a tiempo de ver el primer puñetazo. Mi madre cae al suelo y se acurruca. «No, por favor», dice mientras se protege la cabeza con las manos.

A la primera patada, mi madre emite un único grito. Yo entro en la cocina mientras lo veo todo como a cámara lenta. Otra patada, y otra...

Cojo uno de los taburetes de la barra de desayuno y, con todas las fuerzas que la rabia me da, golpeo a mi padre en la espalda.

Y todo sucede en una milésima de segundo. Veo a mi padre caer por el golpe y darse en la cabeza con el mármol de la encimera.

Me acerco despacio hasta él, me agacho y veo cómo sangra por ambos oídos. Apoyo la cabeza en su pecho para comprobar si respira. Entonces ese olor tan conocido y que tanto me repugna llena mis fosas nasales. Huele a tabaco y alcohol, pero no respira, ni respira ni oigo su malvado corazón latir.

—Hijo... ¿Qué has hecho? —la voz de mi madre me saca de mi ensoñación—. Hijo mío... ¡Dios bendito!

Un gemido escalofriante me despierta. ¡Dios! Me froto la frente intentando despertarme del todo. Estoy empapado en sudor y mi corazón late desafortunadamente. Me siento en la cama intentando calmarme. Dios... Otra vez la misma pesadilla. Respiro profundamente, intentando olvidar ese maldito olor a vino barato y Camel.

CAPÍTULO 1

BRUNO

Oigo cómo monseñor Ochoa recita con fervor un pasaje de la Biblia y escucho con atención. Miro a mis compañeros de seminario tan atentos y emocionados como yo. Desde hoy soy oficialmente un siervo de Dios. Él fue el que me ayudó a salir del mundo de oscuridad y destrucción en el que me había sumergido, y a Él se lo debo todo.

—Estoy tan orgullosa de ti, hijo mío —me felicita mi madre mientras me estrecha en sus brazos.

—Lo sé, mamá.

—¿Ya sabes a qué parroquia te destinan? —pregunta.

—Sí, el miércoles empiezo en San José de la Montaña, en el barrio de Chamberí.

—Ni que decir tiene que iré casi todos los días a verte.

—No lo he dudado ni por un segundo... Que no te coja de monaguilla —bromeo.

El acto termina y el resto de día lo paso con mi madre. A partir de mañana viviré junto al padre Anselmo, en una casa colindante a la parroquia.

—Hijo mío... Ya sabes que estoy muy orgullosa de ver en la persona que te has convertido. Eres muy buena persona y te mereces ser feliz.

Una punzada de dolor me sacude al recordar mi pasado.

—De momento me conformo con verte feliz a ti. Eso es todo lo que necesito —digo en voz baja.

—Pero, cariño... Lo que pasó, lo que hiciste...

—No quiero hablar de eso, mamá. Todo terminó. Hoy es el primer día de mi nueva vida.

Me mira y veo la tristeza reflejada en su rostro. Ha soportado mucho dolor. Por él, por mí...

—¿Me haces una de tus tortillas de patatas con cebolla? —pregunto para cambiar de tema.

—Claro que sí, una tortilla de seis huevos marchando.

La veo salir del pequeño salón. Abro la puerta del balcón y salgo a tomar el aire. Estamos a principios de mayo y el calor comienza a sentirse en Madrid.

Miro los edificios de enfrente, me empapo del que ha sido mi barrio durante veintiséis años. Mis primeros años de vida, inocente sin ver el monstruo que vivía con nosotros, mi niñez marcada por el miedo, tomando ya conciencia de ello, mi juventud en la que la rabia y la frustración hicieron acto de presencia...

Todo ello debe quedar atrás, en mi nueva vida como sacerdote no hay sitio para ese Bruno. Ahora soy un hombre, un hombre con fe y principios, un hombre que va a empezar a ser feliz.

El martes hago el traslado a mi nueva casa. El padre Anselmo lleva toda la vida como sacerdote en la iglesia de San José. Pronto se jubilará y yo seré el párroco oficial.

—Deberías ir al supermercado a por provisiones —me dice—. Mi alimentación de octogenario no es la que necesita un chicarrón joven y fuerte como tú. Yo sobrevivo a base de acelgas, hijo.

—No hay problema, padre —cojo un par de bolsas para la compra—. ¿Necesita algo?

—No, la hermana Herminia me ha dejado hecho puré de verduras para un par de días.

—De acuerdo, vuelvo enseguida.

Llego al Carrefour Express que hay al girar la esquina y voy estantería por estantería llenando el carro de compra. Una vez en la cola de la caja, un par de chicas que hay detrás de mí cuchichean.

—Madre mía, ¿en serio ese tío es cura? —dice una de ellas—. Vaya desperdicio de hombre, con lo bueno que está.

Sin poder evitarlo, niego con la cabeza divertido.

—Ya te digo —añade la otra—. Como si no fuera bastante la cantidad de tíos buenos gays que hay, ahora solo falta que también se hagan curas... Madre mía, está para ir a confesarse todos los días.

La cajera parpadea confundida al ver mi alzacuellos también...

—Son cuarenta con doce, padre —dice mientras se pone roja como un tomate en cuando le dedico una sonrisa.

Salgo del supermercado y pienso en lo que hubiera hecho el antiguo Bruno: follarse a las tres a la vez.

Niego contrariado al recordar esa oscura etapa de mi vida. Esa etapa de sexo y alcohol sin límite. Esa etapa en la que estuve a punto de perder lo único que me importaba realmente en la vida...

Quizá mi belleza vaya a ser un hándicap para que la gente me tome en serio, para que la gente vea que soy un sacerdote como cualquier otro. Un siervo de Dios. Decido no pensar más en eso.

Llego a mi nuevo hogar y sonrío feliz cuando guardo la compra: esta es mi nueva vida. Aquí voy a empezar una nueva vida siendo quien he decidido ser.

CAPÍTULO 2

MARA

Qué pesadito está mi padre.

Sinceramente, no sé si ha sido buena idea ponerme a trabajar en el bufete familiar. Mi padre me controla cada paso que doy, y mi abuelo se comporta más como el típico abuelete entrañable y orgulloso que como el dueño de uno de los bufetes de abogados más importantes de Madrid.

—Mara, a mi despacho —me llama por tercera vez en lo que va de mañana.

Pongo los ojos en blanco consciente de que lo hago porque no lo tengo delante. Me levanto de mi silla y me arreglo el traje chaqueta negro antes de dirigirme al final del pasillo, donde se encuentra el despacho de mi jefe, vamos, de mi abuelo.

Llamo con los nudillos un par de veces a la robusta puerta de madera maciza.

—¿Se puede? —pregunto.

—Pasa, Mara —dice levantando la vista de los informes que tiene en la mano—. Siéntate.

Tomo asiento en uno de los sillones de cuero blanco que hay delante de su majestuosa mesa de roble.

—Tú dirás...

—Estoy realmente impresionado por el trabajo que has hecho estás últimas semanas —dice, y puedo ver el orgullo en sus ojos.

—Gracias, abuelo.

—El consejo de administración está de acuerdo conmigo en que ha llegado el momento de empezar a darte casos en solitario.

Temo que el pecho va a explotarme de la emoción que siento. Después de tantos años de carrera y de algún que otro máster ha llegado el momento que tanto he soñado.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio, abuelo? —pregunto rodeando la mesa para darle un abrazo.

—Pues claro que hablo en serio... Vas a ser una gran abogada, lo llevas en la sangre —dice lleno de orgullo.

—No sé qué decirte... Estoy tan contenta.

—Solo dime que no me vas a defraudar... Con eso es suficiente.

Lo miro y veo como sus ojos brillan llenos de emoción.

—Eso no pasará jamás, te lo prometo.

Cuando acaba la jornada laboral decido llamar a Cayetana, ella es mi mejor amiga y quiero darle la noticia. Ya no voy a ser ayudante, ahora voy a llevar los casos yo sola.

Quedamos en El Temple, una cervecería cercana al barrio Salamanca, donde ambas vivimos con nuestros padres.

—¡Qué orgullosa estoy de ti! —me abraza—. ¡Vas a ser la mejor del bufete!
—¡Eso es mucho decir estando mi padre y mi abuelo! —ríó divertida.

Después de beber un par de cervezas, nos despedimos con la promesa de vernos el fin de semana para poder celebrarlo como toca. Caye está en el último curso de Ingeniería de caminos y también está deseando de trabajar en la empresa de su padre.

Cuando llego a casa, veo a mis padres viendo la televisión en el salón.

—Cariño... —dice mi madre mientras se levanta para darme un beso—. Me lo acaba de contar tu padre, enhorabuena.

—Gracias, mamá.

—Ya verás como vas a hacerlo genial.

Le dedico una amplia sonrisa mientras asiento con la cabeza.

—Voy a ducharme —digo.

—Andrea ha dejado la cena preparada antes de irse, no tardes —dice sentándose de nuevo al lado de mi padre, que no ha quitado el ojo de la película policíaca que están viendo.

Me dirijo a mi habitación y preparo mi pijama de Minnie Mouse limpio. Voy a la ducha y dejo que el agua caliente y el atrayente olor a vainilla del gel de baño me relaje.

Una vez duchada y con el pijama puesto, salgo de nuevo al salón.

En la cena sigo siendo el centro de atención. Los tres estamos emocionados y expectantes por el que vaya a ser mi primer caso.

Mentiría si dijera que no estoy nerviosa ante el reto... Solo tengo veinticinco años, pero soy consciente de mi potencial.

Mi madre recuerda con nostalgia su primer caso. Ella también es abogada, sin embargo, lo dejó todo en cuanto me tuvo a mí.

Muerta de sueño y de cansancio, decido ir a leer un rato a la cama. Apenas comienzo el tercer capítulo del libro que he comenzado a leer caigo en los brazos de Morfeo.

CAPÍTULO 3

BRUNO

Los primeros días en la parroquia son de toma de contacto con los feligreses, el padre Anselmo hace bromas con el hecho de que tanta mujer joven sea de pronto devota.

Le ayudo a dar misa, a confesar, a preparar la eucaristía...

Mi madre viene todas las tardes a la misa de las siete. Su felicidad al verme no tiene precio después de todo por lo que ha tenido que pasar... Primero con él, y luego conmigo.

De nuevo tengo que escuchar comentarios admirativos de mi belleza y porte... Algunos son comentarios inocentes, y otros son más bien proposiciones indecentes.

Pero yo tengo muy claro mi nuevo estatus: soy un sacerdote, y por mucho que me hayan gustado las mujeres, no voy a ser un cura con doble vida, que haberlos haylos, que dicen los gallegos.

Sé que voy a tener tentaciones, sé que soy joven y sentiré más de una vez la llamada de la carne, pero no voy a defraudar a Dios ni a mí mismo.

Los días van pasando primero, y luego se convierten en semanas. El padre Anselmo me cuenta mil batallas de su juventud y de cuanto ha cambiado todo... Según él, para peor.

El martes, al acabar la última misa del día, decido ir a comprar. El padre Anselmo se queda en la sacristía recogiendo mientras voy a comprar para preparar la cena de los dos. Desde que vivo con él se alimenta mejor... No solo de verdura vive el hombre, bromeo a menudo con él.

Al volver a casa del supermercado, me extraña no verlo allí. Guardo la compra y decido bajar para ver si necesita ayuda. Abro una de las puertas del lateral y me extraña que no estén cerradas con llave.

Dentro de la iglesia, el silencio es sepulcral.

Me encamino a la sacristía y, al abrir la puerta, lo que presencio hace que mi corazón deje de latir y el mundo de girar: el padre Anselmo yace en el suelo rodeado de un charco de sangre y con un cuchillo de grandes dimensiones clavado en su pecho.

—¡Padre! —corro en su ayuda—. ¡Padre!

No se mueve, no respira... No lo quiero ver, pero algo en mi interior me dice que está muerto.

Sin saber lo que hacer, el instinto manda y corro hacia él, me agacho y agarro la empuñadura del cuchillo sacándolo de su pecho sin vida.

—No sé dónde tengo la cabeza, me he dej... —la voz de Marcial, el capellán, me sobresalta.

Se asoma por el umbral de la puerta y, sin que me dé tiempo a explicarle, huye despavorido chillando.

Bajo la vista a mi mano, manchada de sangre por el cuchillo que sostiene. Solo entonces soy consciente de lo que parece. De lo que Marcial ha podido llegar a pensar. Del problema que voy a

tener dados mis antecedentes. De que mi vida ya no volverá a ser igual. De que todo el mundo pensará que yo soy el asesino.

Solo entonces puedo blasfemar y maldecir mi puta suerte sin temor a que mi Dios me vaya a juzgar por las palabrotas.

En estos momentos solo soy capaz de pensar por qué, ese Dios al que había encomendado mi vida, no me deja empezar a vivir de una puta y maldita vez.

CAPÍTULO 4

MARA

Es jueves y la semana ha estado muy tranquila, apenas he tenido trabajo. Estoy deseando que llegue el viernes para ir de fiesta con Caye y Victoria al nuevo garito de música tecno que han montado en Malasaña.

Sigo sin tener ningún caso relevante, últimamente todo es pura burocracia aburrida.

Abro el armario sin saber qué ponerme. Me decido a estrenar unos *stiletto* de Armani de más de doce centímetros. Con ellos puestos soy alta, casi llego al metro ochenta. Los combino con una falda negra de tubo y una camisa blanca. Me miro en el espejo y, dándome el visto bueno, cojo mi maletín de cuero negro y salgo deprisa.

Tanto pensar en el dichoso modelito se me ha hecho tardísimo.

Mi reloj marca las nueve en punto cuando cruzo el umbral de la puerta del bufete.

—¡Por fin! —mi padre sale a mi encuentro—. Tú la norma de llegar diez minutos antes a tu puesto de trabajo no la llevas bien, ¿verdad?

Frunzo los labios y me muerdo la lengua deseosa de decirle que es el primer día en todo el tiempo que llevo aquí que he llegado tan justa.

—Lo siento... —es todo lo que sale de mi avergonzada boca.

—Vamos... tu abuelo te espera en su despacho —coge mi brazo, bueno, más bien tira de él para que lo acompañe.

Abrimos sin llamar. Mi abuelo parece muy concentrado con unos informes que tiene en su mesa.

—Ya era hora... —dice.

«Otro» pienso mientras noto cómo me empieza a hervir la sangre con mis dos jefes.

—¿Has oído hablar del caso del padre Eguía? —pregunta mientras me pasa un montón de informes.

—¿El cura que ha sido acusado del asesinato de otro párroco? Claro... Está en todas las noticias.

—Muy bien... Pues en estos momentos estoy hablando con su futura letrada.

Con mi corazón dando brincos y totalmente fuera de mí, me levanto y rodeo la mesa de mi ahora muy amado y ya no tan cascarrabias abuelo y lo estrujo entre mis brazos.

—¿En serio? ¿Me vas a dar ese caso a mí? ¡Dios mío, dime que no es una broma!

Mi abuelo sonrío divertido por la situación.

—¿Una broma? ¿Cuándo bromeo yo con el trabajo? En serio, Mara... Este es el caso más importante para el que nos han contratado desde hace mucho tiempo. Confío en que sepas estar a

la altura.

—¡Sí, sí, sí y mil veces sí! —ahora me abrazo a mi padre, que niega divertido con la cabeza—. No os voy a defraudar... Lo prometo.

Mi abuelo me pone al día mientras me va pasando carpetas con los informes... Madre mía, cuánta documentación tengo para estudiar.

—Vamos... el señor Bruno Eguia te está esperando en tu despacho.

Salimos los tres juntos del despacho, pero justo en ese momento, Manuel, uno de los socios, viene a nuestro encuentro y reclama la atención de ambos.

—Ve tú, ahora iremos nosotros. Preséntate como su letrada y da muestras de autoridad —me recomienda mi padre.

Cargada con mil carpetas, con mi maletín de ejecutivo y subida en unos tacones de infarto, me dirijo al final del pasillo donde se encuentra mi despacho.

Sin poder usar mis manos de lo cargada que voy, empujo la puerta con un codo, justo en ese momento, todos los informes salen volando y aterrizan en el suelo.

Mierda... No me lo puedo creer.

Me agacho a recogerlo y unas manos fuertes y masculinas aparecen en mi campo de visión.

—Deje que la ayude —dice la voz más sensual que he oído en mi vida—. ¿Se encuentra bien?

Levanto la vista y, cuando veo al hombre que tengo delante, tengo un microinfarto.

Es realmente impresionante. Joven. Y atractivo, muy atractivo. Alto y con un cuerpo digno de admirar. Vestido con una camisa blanca y un pantalón vaquero negro, parece más un modelo que un sacerdote de barrio. Necesito un momento para poder articular palabra, mientras sus brillantes ojos verdes me observan atentamente.

—Lamento la torpeza... —es todo lo que puedo decir.

—Va muy cargada, no se preocupe —su voz hace que me tiemblen hasta las pestañas.

—Tome asiento, por favor —digo intentando recobrar la compostura—. Tenemos mucho de lo que hablar, señor Eguia.

Una vez sentados y cuando consigo que mi corazón vuelva a latir con normalidad, empiezo la ronda de preguntas. Él las contesta una a una con calma, con serenidad, parece tranquilo y confiado en su inocencia... Sin embargo, los informes no dicen lo mismo.

—¿Entonces se encontró al padre Anselmo Torres ya muerto? —pregunto.

—Sí, así es —se limita a responderme.

—¿Por qué tocó el arma del crimen?

Frunce los labios contrariado.

—Supongo que fue el instinto —se encoge de hombros.

—Comprendo... Pero eso va a dificultar mucho el caso, señor Eguia. Fue una inconsciencia por su parte, si me permite que se lo diga.

—Soy muy consciente de ello, puede estar segura... Pero ya no hay nada que pueda hacer para volver atrás —su voz suena fría como el hielo.

—No se preocupe, vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para demostrar su inocencia.

—Eso espero —dice en voz baja—. Soy inocente, esa es la única verdad.

Vuelve a clavar sus ojos en mí y yo siento que me falta el aire. ¿Por qué tiene este

desconcertante efecto sobre mí? ¿Quizá porque es increíblemente guapo? ¿Porque es cura y eso lo hace inalcanzable? ¿Por cómo me mira fijamente? Ojalá dejara de mirarme así...

Durante más de una hora seguimos hablando de todo lo referente al caso. Cuando más lo miro y lo oigo, más atraída me siento. No entiendo qué me sucede.

—Hay algo que debo decirle, señorita Quiroga —dice, y puedo ver el dolor en su perfecto rostro.

—Cualquier cosa que crea necesaria contarme, debe decirla —intento parecer todo lo profesional que puedo.

—Hay otro motivo por el cual la policía pone en duda mi inocencia —dice en tono seco—. Yo maté a mi padre. Fue en defensa propia, pero lo hice.

Siento que el aire sale de mi cuerpo para no regresar.

—¿Cómo dice? —pregunto en voz casi inaudible.

Respira hondo y parpadea nervioso.

—Fue un accidente, yo solo quería protegerla, fue en defensa propia, era un alcohólico violento, una mala persona que molía a palizas a mi madre. Un día ya no pude más y salí en su ayuda. Juro que solo quería apartarlo de ella, pero al pegarle un golpe con el taburete, y dado el estado de embriaguez en el que iba, perdió el equilibrio, se cayó dándose un golpe en la cabeza que le provocó un derrame cerebral fulminante. Murió en el acto.

Su confesión me ha dejado sin palabras.

—¿Por eso decidió hacerse sacerdote? —pregunto intentando asimilar lo que me ha contado.

Su mirada se vuelve intensa. Puedo ver el fuego en sus ojos.

—Entre otros motivos... Dado el historial de mi padre, y la declaración jurada de mi madre explicando lo que había sucedido, se alegó defensa propia y no hubo ni juicio, pero ese hecho marcó mi vida. Comencé a salir, a beber mucho, iba cada día con una chica diferente para acabar borrachos acostándonos en cualquier parte. Estaba totalmente descontrolado. Una noche llegué al portal y, como iba tan borracho, me quedé dormido en el entresuelo, algún vecino avisó a mi madre que, preocupada, intentó bajar las escaleras corriendo, tropezó y comenzó a rodar escaleras abajo. Se rompió un brazo y tuvo un fuerte traumatismo craneoencefálico que a punto estuvo de costarle la vida. Ahí supe que no podía continuar así. Comencé a ir a unas reuniones que hacían en la iglesia para jóvenes conflictivos, y sentí la llamada de Dios. Ahí empezó mi vocación.

Escucho su historia sin poder cerrar la boca. Es cura desde hace relativamente poco tiempo, y no solo eso, dice que se acostaba con chicas. Saber que ha follado, y que ha renunciado a hacerlo, todavía hace que me ponga mucho más. El morbo que me provoca no lo había sentido nunca con nadie más.

—Lamento mucho lo de su padre, pero si no hubo cargos, no debería interferir en el caso.

—Sea sincera... ¿Tengo alguna posibilidad de ser declarado inocente? ¿Podrán encontrar al verdadero asesino?

—Siendo totalmente sincera, le diré que el caso es muy complejo y complicado, pero vamos a hacer todo lo posible por demostrar su inocencia.

Me dedica una sonrisa, pero no le ilumina la cara, es una sonrisa triste, muy triste.

—Está en libertad provisional, ¿verdad?

—Sí, el obispado pagó la fianza.

—¿Dónde lo puedo localizar? —pregunto con curiosidad, queriendo verlo fuera del bufete.

—Hay una casa en la sierra que pertenece a la diócesis, allí estaré tranquilo y alejado de la

prensa y los comentarios de la gente, me voy a instalar allí.

Nos damos los teléfonos, él me da la dirección de la casa, comentamos algún detalle más. Y quedamos para volver a vernos en unos días.

Me levanto, se levanta él también.

—Espero que pueda ayudarme, letrada —dice, tendiendo su mano.

—Estoy convencida de que lo haré —se la estrecho y puedo sentir una corriente eléctrica atravesando mi cuerpo.

Lo acompaño hasta la puerta de mi despacho. La abre y vuelve su mirada a mí.

—Hasta pronto, señorita Quiroga —dice a modo de despedida.

—Adiós, señor Eguía.

Afortunadamente sale y la puerta se cierra. Dejándome sola y totalmente desconcertada.

El corazón se niega a volver a latir con normalidad cuando me siento de nuevo en mi sillón. Cierro los ojos y respiro profundamente intentando recobrar la serenidad.

¿Por qué me produce este efecto? ¿Cómo voy a poder actuar con normalidad ante eso?

Suspiro profundamente y vuelvo a leer el informe intentando sacar sus preciosos y fascinantes ojos verdes de mi cabeza.

CAPÍTULO 5

BRUNO

Salgo del despacho de mi nueva abogada y me encamino a la salida.

—Lamento no haber podido estar en la reunión, pero estoy seguro de que Mara será una abogada magnífica —dice el señor Quiroga, en cuanto me ve pasar por delante de su despacho—. Mara es mi hija y, sin dudarle ni un momento, ella sería la abogada que elegiría para mi defensa. Tiene mucha hambre de victoria, créame.

—Estoy convencido de que tendré una buena defensa con ella, señor Quiroga.

—Supongo que ya han concretado próximas citas, no se preocupe, se va a aclarar todo. Se va a demostrar su inocencia.

Durante varios minutos hablamos ante la atenta mirada de los empleados del bufete, me siento observado... Y juzgado también.

Salgo del edificio y cojo el coche, tengo que preparar mi maleta para irme una temporada a la sierra, me niego a seguir siendo un mono de feria en la capital.

Con el maletero lleno de provisiones y de algo de ropa me dirijo a Rascafría, allí se encuentra una antigua ermita convertida ahora en casa de recogimiento.

Al llegar allí respiro el aire frío y puro de la montaña, dejando que mis pulmones se llenen de oxígeno, y mi cuerpo de paz y tranquilidad. Sí, aquí voy a estar tranquilo sin vecinos y sin prensa persiguiéndome día y noche.

Una vez instalado y tras ducharme y cenar, me meto en la cama dispuesto a dormir... Apenas puedo dormir más de cuatro horas desde que sucedió todo y empiezo a estar agotado física y mentalmente.

Sin que me dé tiempo a pensar, me rindo al sueño.

Yo haré que todo el mundo sepa que eres inocente. Y tú me harás tuya...

La voz de mi abogada se abre paso en mi mente mientras me veo a mí mismo en una cama junto a ella...

—Hazme tuya... —repite.

La miro lleno de deseo mientras ella se abre para mí.

Me tumbo sobre ella y la penetro con fuerza mientras ella exige más y más.

—Más... dame más.

Y se lo doy. Le doy todo de mí, a la vez que el fuego, la lujuria y la pasión se apoderan de mi cordura.

Mara sonrío y enreda las piernas en mi cintura.

Sus ojos me buscan, su boca me seduce y hace que tenga un orgasmo justo cuando me despierto sobresaltado.

No me lo puedo creer... ¿Qué tengo, quince años? ¿Cuánto hacía que no tenía un sueño erótico?

Me levanto para lavarme y cambiarme el pijama enfadado conmigo mismo por este sueño totalmente fuera de lugar... «Como si no tuvieras bastantes problemas», me riñe la voz de mi conciencia, y yo solo puedo darle la razón.

Con mi pijama limpio y sus ojos y gemidos grabados en mi cerebro, intento volver a dormirme.

Cuando me despierto, dos horas después, el remordimiento hace acto de presencia.

Hacia mucho tiempo que no tenía deseos carnales, que no deseaba a ninguna mujer... Y ahora me siento atraído por la mujer que debe defenderme en un juicio de asesinato. No entiendo mi comportamiento...

Me pongo un chándal dispuesto a salir a correr para despejar mi mente. Me consagro a Dios antes de salir por la puerta y, dando grandes zancadas, me adentro en la montaña corriendo todo lo que puedo, pero su voz me alcanza una y otra vez... «Hazme tuya». Esa frase resuena en mi cabeza sin cesar. Alterándome. Excitándome.

Durante los cuatro siguientes días, mi vida se limita a salir a correr, hablar con mi madre por teléfono, rezar y pensar en mi preciosa y seductora abogada.

Estoy terminando de prepararme la comida cuando me entra un mensaje en mi teléfono. Mara va a venir mañana cuando salga del bufete para seguir planificando el juicio.

Le contesto que de acuerdo, que mañana la espero aquí. Dejo el móvil en la mesa y me toco el pelo nervioso.

Miro por la ventana las extraordinarias vistas que se ven a través de ella, mientras mi cuerpo se altera al pensar en estar con ella, a solas...

Que Dios me ayude.

CAPÍTULO 6

MARA

Paso todo el día nerviosa y sin dejar de mirar el reloj, y yo sé muy bien cuál es el motivo: en unas horas iré a la sierra para ver a mi defendido, a Bruno Eguía, al hombre que no me puedo quitar de la cabeza.

Intento acallar mis nervios trabajando en el caso, pero es inútil, las ganas de volver a verlo son demasiado grandes.

A las cinco decido ir a casa para cambiarme de ropa y retocarme un poco. Quiero estar guapa, formal y sexi... Y todo a la vez es difícil de conseguir.

Me pongo un vestido negro, me vuelvo a maquillar con mayor intensidad y a retocar el pelo. Me pongo los zapatos de tacón negro a juego con el vestido, y a las seis y media estoy lista.

—Mamá, voy a la sierra para hablar con el señor Eguía —digo a mi madre que está concentrada en su ordenador.

—Ten cuidado con el coche... Da lluvia a partir de las nueve.

—Intentaré que no se haga tan tarde —digo mientras le doy un beso rápido en la mejilla.

Cojo la chaqueta y el bolso y salgo de casa.

Tengo que quitarme los zapatos para conducir. Siempre llevo unas bailarinas en el coche por si las moscas.

Conducir mi nuevo escarabajo personalizado es una gozada. Cuando me quiero dar cuenta estoy camino de Rascafría, camino del hombre que amenaza con volverme loca.

El GPS me dice que ya he llegado. Una especie de ermita de piedra se ve justo delante de donde he aparcado.

Justo al salir del coche se abre el pesado portón de madera y él sale a mi encuentro. De nuevo me deja sin palabras. Va vestido con una camisa negra y unos vaqueros grises. Lleva el pelo alborotado y la barba de dos días. Suspiro al verlo. Él me lanza una mirada, creo que nerviosa. Entonces me dedica una sonrisa que apunto está de hacerme caer... Lo de este hombre no es normal.

—Espero que hayas tenido un viaje tranquilo y lo hayas encontrado enseguida —murmura, dándome la mano para saludarme.

—Sí, ha sido fácil, el GPS lo encuentra todo... Este sitio es precioso —acierto a decir.

—Sí, lo es —dice, invitándome a entrar en la casa—. Y tranquilo...

Nos sentamos en una mesa camilla como la que tenía mi bisabuela en el pueblo, yo era muy pequeña, pero me encantaba ir unos días en verano a ese pequeño pueblo de Granada.

—¿Quieres tomar algo? No tengo mucho que ofrecer... pero hay vino de cuando venían a oficiar

misa hace unos años... Y ya se sabe que el vino no caduca, al contrario.

En sus ojos brilla una incomprensible emoción. Y ahí está... esa descarga eléctrica que ya he sentido en más ocasiones al mirarlo. Me remuevo incómoda ante su mirada escrutadora, con el corazón latándome a toda prisa. Tengo que mantener la calma.

—¿Y bien? —pregunta.

—Una copa de vino estará bien...

Saco los informes de mi maletín y repasamos todos los puntos donde tengo dudas o cosas que aclarar.

Detrás de la primera copa va la segunda, y luego la tercera... Cuando me quiero dar cuenta, ya llevo unas cuantas, y él solo se ha bebido una.

Noto cómo empiezo a perder la vergüenza y también la compostura... Justo entonces se pone a llover.

—No puedes irte así, está lloviendo y has bebido, no debes coger el coche. Es muy peligroso.

—¿Y qué sugieres? —digo rellenando de nuevo mi copa.

Me mira y puedo ver que está contrariado conmigo.

—No bebas más, mañana tendrás resaca.

—No seas aguafiestas, es viernes y mañana no tengo que madrugar, además todos los viernes salgo con mis amigas y bebo con ellas.

—¿No me digas? —murmura y parece enfadado.

—¿Te puedo llamar Bruno? ¿O prefieres padre?

Me mira y pestañea confundido, sin duda le ha sorprendido mi pregunta.

—Como quieras... Será mejor que prepare algo de cena. Tú avisa a tus padres —dice, y se levanta para ir a la cocina.

Hace que me sienta como una niña pequeña, y total, me lleva un par de años. Parece un viejo prematuro. Llamo a mi madre y le digo que dormiré en casa de Caye, me niego a decirle que he estado bebiendo con un cliente del bufete. Y no uno cualquiera, uno que está acusado de asesinato.

Justo cuando acabo de hablar con mi madre, Bruno aparece con unos platos con tortilla francesa y ensalada.

—He preparado algo rápido —dice poniendo los platos sobre la mesa y sentándose de nuevo a mi lado.

—Te quiero llamar Bruno... —digo en voz baja, mirándole a los ojos.

—Yo te quiero llamar Mara...

Cenamos y yo sigo achispada. Hablamos de nuestro pasado. De las cosas que queremos para nuestro futuro. Parece una cita. Me siento relajada y bien. De repente siento ganas de bailar.

—¿No tienes equipo de música? —pregunto, levantándome.

—No tengo ni televisor —ríe, divertido por mi pregunta.

—Por Dios... eres como un monje —bromeo mientras busco música en mi móvil.

—No soy como un monje... soy un monje —vuelve a reír.

Pongo mi música favorita que llevo grabada en el móvil, la que uso en el gimnasio y cuando voy

a andar por la calle.

—La música es mágica, ¿verdad? —me levanto, sonriendo de oreja a oreja.

Comienzo a moverme al ritmo de Ed Sheeran. Bailo y me muevo mientras él permanece sentado sin dejar de mirarme.

Lo miro y lo provoco. La música me empuja, y su mirada me atrae como si fuera parte de un hechizo.

Le estoy seduciendo, excitando. Me acerco a él, sonriendo mientras bailo al ritmo de la música. En mi interior el calor y el deseo crecen.

Apoyo las manos en sus muslos y miro sus labios varoniles... ¿qué pasará si los beso ahora?

Cuando vuelvo la mirada a sus ojos, el fuego que hay en ellos me abrume, me enciende...

—No sigas... —Su voz suena más grave—. No debemos jugar con fuego.

—¿Por qué? —pregunto cada vez más cerca.

—Acabaremos quemándonos —dice en un gruñido.

—A lo mejor quiero quemarme... —replico en un susurro.

Le mantengo la mirada, y siento el deseo correr por las venas cuando sus ojos me queman.

—Soy un sacerdote, soy un siervo de Dios...

—Yo no creo en tu jefe... —digo mientras mi mano sube por su muslo.

Me coge la mano y la aparta de su muslo y se levanta deprisa.

—Ese es tu problema, yo sí creo en Él —le veo dirigirse a la puerta—. En la habitación tienes mantas de sobra por si tienes frío. Buenas noches.

Como una tonta le veo salir. Avergonzada tanto por mi actitud como por su rechazo, me dirijo a la habitación en la debo pasar la noche.

Veó que encima de la cama me ha dejado una camiseta y un pantalón suyo de pijama. Me lo pongo y me empapo de su olor. Eso hace que el dolor sea todavía más grande. Nunca me habían rechazado, al contrario, siempre soy yo la que rechazo a los hombres.

Me meto en la cama y me tapo hasta la cabeza, dejando solo los ojos fuera. Esos ojos que en estos momentos están cubiertos de vergüenza.

Los cierro deseando que llegue el día siguiente y pueda marcharme de aquí.

Abro los ojos sin saber dónde estoy... y entierro la cabeza en la almohada en cuanto lo recuerdo todo.

Tengo la boca seca, y el dolor de cabeza que precede a la resaca ya ha hecho acto de presencia. También siento muchas ganas de mear por el maldito vino.

Descalza e intentando no hacer nada de ruido, salgo al pasillo en busca del baño, que se encuentra al lado de la habitación de Bruno.

Me mojo la cara para refrescarme y bebo del mismo grifo, me siento a mear mientras miro al frente.

En el silencio de la noche, un ruido capta mi atención. Es un ruido repetitivo, salgo con cuidado y presto atención. Los gruñidos y gemidos provienen de la habitación de Bruno... doy un paso al frente y descubro que la puerta está entornada. Me acerco un poco más y cada vez los gemidos se hacen más fuertes. Acercó la mano y abro un poco más la puerta, lo justo para ver lo qué sucede

dentro.

La habitación está en penumbra, pero logro distinguir perfectamente lo que sucede. Un jadeo sale de mi boca al descubrir a Bruno masturbándose. Completamente desnudo encima de la cama. Alto, con un cuerpo formidable y un pene hecho para pecar... y vaya si el cura pecaba.

Sin poder apartar la vista de él, permanezco observando mientras un calor me recorre la espina dorsal.

«Tienes que irte, vete antes de que te vea», me digo. Sin embargo, mis piernas no se mueven ni un ápice de donde están.

De repente, levanta la vista y mira a la puerta.

Me aparto y respiro entrecortadamente.

«Casi te pillas, joder».

Intento calmarme y no hacer ruido, me digo que ya he visto suficiente, que debo volver a la cama, pero de nuevo mi cuerpo no responde. Quiere ver más, verlo todo hasta el final...

Me acerco de nuevo a la puerta y me asomo despacio por la pequeña apertura.

Y ahí están.

Los ojos más verdes y brillantes que he visto nunca.

Mirándome fijamente.

El corazón me late con tanta fuerza que creo que voy a morir de un infarto, el deseo hace que la piel me arda y las piernas apenas me pueden sostener. Y, a pesar de todo, no puedo apartar mis ojos de él

Justo en ese momento eyacula entre espasmos echando la cabeza hacia atrás.

Antes de que vuelva a mirar a la puerta, salgo corriendo hacia la habitación.

Lo que queda de noche no volveré a dormir, eso ya lo sé.

Intento no pensar más en ello, poner la mente en blanco, pero el cuerpo desnudo de Bruno logra colarse en mis pensamientos una y otra vez.

CAPÍTULO 7

BRUNO

Cuando amanece, suspiro resignado: no he podido pegar ojo en toda la noche. Ni siquiera la paja que me hice a media noche calmó mi nerviosismo.

Hoy toca arrepentirse. Cumplir la penitencia y dejar clara mi postura con respecto a Mara...

Me pilló, me vio a través de la puerta masturbándome, y yo no voy a ser capaz de mirarla de nuevo a los ojos.

Sin ganas, me levanto de la cama y me pongo un chándal gris. Me dirijo a la cocina intentando no hacer ruido.

Pongo en marcha la cafetera y aún no se ha calentado el café cuando Mara aparece por el umbral de la puerta... Está deslumbrante una vez más.

—Buenos días —dice, con voz tímida.

—Buenos días —contesto incapaz de mirarla.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Bien... estoy bien.

Se sienta en una de las sillas de madera sin quitarme ojo.

—¿Café, infusión, zumo? —pregunto sin apenas apartar la vista de mi taza de café.

—Café, por favor.

Abro el armario y cojo otra taza, sirvo el café mientras ella me analiza, me estudia.

—Debería irme —dice en cuanto da un último sorbo al café.

—Sí, ahora tienes que aprovechar que no llueve, hay muchas probabilidades de que en un rato vuelva a llover.

De reojo la veo ponerse la chaqueta y coger el bolso.

Abro la puerta y salgo antes de que lo haga ella, respiro el fresco aire de la mañana intentando relajarme, pero estoy tenso y nervioso.

Sale y pasa por mi lado abriendo con el mando a distancia su coche.

Con paso rápido se dirige al coche mientras yo voy detrás de ella.

—Gracias por todo —dice en voz baja—. En cuanto haya algún avance o novedad, te llamaré.

—De acuerdo —me limito a decir.

Tira de la manilla de la puerta dispuesta a abrirla, pero con un movimiento rápido y preciso la cierro de golpe, sobresaltándola.

—¿Por qué estabas allí anoche, Mara?

Ella traga saliva, sin dejar de mirarme, pero no es capaz de contestar.

—¿Por qué me estabas espiando? —repito.

—No... no lo sé.

Veo que se pone roja como un tomate y yo me siento miserable por lo que le voy a decir, pero debo mantener las distancias con ella, y no hay otra manera de hacerlo.

—No creo que debamos vernos fuera del bufete —digo en tono firme—. No debemos intimar de la manera que lo estamos haciendo... no está bien.

Ella pestañea confundida y dolida.

—Pero...

—Pero nada, si no crees posible que podamos tener una relación abogada y cliente normal, tal vez debería representarme otro abogado.

Me mira y puedo ver el desconcierto en su preciosa cara.

—No se preocupe. A partir de este momento nuestra relación será única y exclusivamente profesional. Ante cualquier novedad, le informo, padre —dice arrastrado la palabra padre con total desprecio.

—Te estaré muy agradecido —digo, sin caer en su provocación.

La veo montarse en el coche y arrancar derrapando por la velocidad que ha cogido.

Sin mirarme ni una vez más, se marcha a todo lo que da el coche.

Entro y me siento en el viejo sofá del salón, me tapo la cara con las manos y niego contrariado.

Está muy dolida, pero es lo mejor, y en el fondo de mi alma sé que, con mis palabras, nos estoy haciendo un favor a ambos.

Pasados unos minutos, decido recomponerme. Tengo todo el día por delante y decido salir a correr. Eso siempre funciona cuando quiero despejar mi mente y calmar mis nervios.

Mientras corro todo lo que mis piernas dan de sí, su cara llena de tristeza acude a mi mente. Está enfadada conmigo, y tiene motivos para estarlo.

Con la cabeza a punto de estallar, me calo la gorra del Madrid hasta que me cubre la cara y sigo corriendo por el camino de tierra que lleva al pueblo.

CAPÍTULO 8

MARA

Con la adrenalina recorriendo mi cuerpo, ya sea por la rabia que siento por su rechazo o quizá porque haya insinuado que no voy a ser profesional separando mi vida personal del caso, cojo la carretera que me lleva de vuelta a Madrid. «¡Imbécil!», grita mi mente mientras sus palabras retumban en mi cabeza.

Una parte de mí deseaba poder seducirle, y su rechazo ha hecho mella en mi amor propio. «¿En qué estaba pensando?», me riño a mí misma. «¿Cómo se iba a interesar por mí un hombre acusado de asesinato y que encima es sacerdote?».

No quiero verle más de lo que sea estrictamente necesario, y sí, tiene razón, solo debemos vernos en el bufete y rodeados de gente... es lo mejor para ambos.

Conduzco tan deprisa que cuando me quiero dar cuenta estoy en el garaje de casa. Aparco y apago el motor, pero no bajo del coche. Me aferro al volante y, sin poderlo evitar, se me empiezan a llenar los ojos de lágrimas. ¿Por qué lloro? Me miro al espejo retrovisor enfadada conmigo misma por esta estúpida reacción.

Estoy llorando y no sé muy bien el motivo. Lloro por algo que nunca he tenido. Me siento ridícula y tonta.

Nunca me habían rechazado, tal vez ese es el motivo... mi orgullo herido.

Respiro hondo varias veces y salgo del coche. No voy a volver a pensar en él, al menos no de esa manera lujuriosa... Se acabó.

Anotaré esta vivencia en la lista de experiencias de la vida y me centraré en el caso.

Tras unos días en los que mi mente masoquista no deja de pensar en él, llega el ansiado fin de semana. Estoy deseando salir de fiesta con mis amigas, bailar y emborracharme. Sí, eso es lo que pienso hacer y, por qué no, ligarme a algún tío bueno para recuperar la autoestima.

Preparada y vestida pidiendo guerra, espero a Caye y Paloma. Las tres vamos a quemar la noche.

Tras cenar y tomar una copa en el Minnesota House, decidimos ir al Jaleo, un disco bar que, pese que no es una discoteca en sí, es un garito en el que puedes bailar los temas más de moda del momento.

El camarero nos sirve nuestro quinto mojito y yo ya empiezo a notar los efectos del alcohol.

—¿Bailamos? —pregunta Caye.

—Por mí perfecto —digo apurando lo que me queda en la copa.

Llegamos a la pequeña pista y comenzamos a bailar mientras reímos. Lo estoy pasando bien, muy bien.

Al poco llega un grupo de chicos, varios de ellos son conocidos de la facultad. Entre ellos está

Lucas, el hijo de un amigo de mi padre y alguien con quien tuve un rollo en tercero de carrera.

Me mira y yo le devuelvo la mirada. Se acerca y, tras saludarme y darme dos besos, comienza a bailar conmigo.

Es justo lo que necesito: un tío bueno con el que calmar el calentón que me provocó mi ya no tan querido cura.

—He estado pensando en ti —le digo con mi boca pegada a su oído.

Me coge por la cintura y me atrae con fuerza.

—Qué casualidad... yo también.

Le dedico una sonrisa sexi y me contoneo pegada a él, con mis brazos rodeando su cuello.

Pronto el tonto sube de temperatura. Lucas me besa en el cuello y yo, feliz, se lo permito. Al momento y, al verme tan entregada, me abraza con fuerza y me besa, un beso profundo y lleno de deseo.

Empiezo a necesitar que me toque con más profundidad, así que me lleva de la mano al baño de caballeros. Durante unos minutos nos besamos y nos acariciamos, pero ambos necesitamos más.

Salimos y nos despedimos del grupo.

Mis padres se han ido de balneario todo el fin de semana y tengo la casa entera para mí.

Cuando llegamos a casa, nos metemos en mi habitación. Ambos estamos calientes, ambos queremos acostarnos, ambos lo necesitamos...

Pero de pronto Lucas no existe. Solo Bruno. A él veo y es en él en quien pienso.

—Lo siento... No puedo —digo, quitándomelo de encima.

—¡¿Estás de coña?! —pregunta, fuera de sí.

—Lo siento, de verdad...

—Esto es acojonante... No te recordaba tan calientapollas —dice saliendo y cerrando la puerta de un fuerte portazo.

Me quedo tumbada en la cama, a medio vestir, compuesta y sin polvo.

Me maldigo cuando a mi mente vuelve a acudir una preciosa cara. Tan preciosa como inaccesible.

CAPÍTULO 9

BRUNO

Me paso toda la jodida semana pensando en ella, masturbándome con su imagen grabada en mi mente y confesando mi debilidad ante Dios después.

A través de Google he llegado a sus redes sociales. Yo no tengo Facebook ni Instagram, pero ella tiene todas sus redes sociales abiertas y todo el mundo las puede ver. Durante horas me empapo de su vida, de sus vivencias y de ella... Su belleza lo eclipsa todo a su paso.

Hoy es viernes y ha publicado que va a salir de fiesta; vestida de una manera tan provocativa que se la levantaría a un muerto, dice que sale dispuesta a comerse la noche y más cosas... Yo sé muy bien a lo que se está refiriendo.

Los celos y la rabia hacen acto de presencia y, sin pensarlo, me visto y salgo camino de la ciudad. Ha puesto dónde va a estar, y yo voy a ir para cuidarla. «A espiarla, querrás decir», me riñe la voz de mi conciencia.

Cuando llego, el garito está lleno, lo que me facilita el pasar desapercibido. Semiescondido entre gente que baila y lo pasa bien, la localizo y la veo beber y bailar.

Está preciosa, más que eso... está deslumbrante y parece feliz.

La decepción se apodera de todo mi ser. Ya ha pasado página y parece no acordarse de mí.

La contemplo ensimismado cuando un grupo de chicos se acerca a ella y sus amigas, uno de ellos la saluda y habla con ella. Pasados unos minutos ambos empiezan a tontear. El tipo la besa en el cuello... y eso no me gusta nada.

Mara se deja querer y, un segundo después, ambos se besan con pasión. He de contenerme para no acercarme hasta ellos, pero justo en ese momento ambos se dirigen juntos al baño de caballeros, decido que ya he visto suficiente. Me ha olvidado y eso me lo va a poner más fácil para seguir con mi vida.

Enfadado y dolido hasta la médula, me dirijo a por mi coche. Justo en ese momento salen del bar abrazados y se montan en un Audi negro.

Decido seguirles. Soy un masoquista dispuesto a sufrir viendo cómo se la lleva a alguna parte para follarla. Una parte de mí desearía haberla follado cuando tuve la ocasión, sin embargo, la parte racional me recuerda que soy un siervo de Dios y que estoy metido en un buen berenjenal.

Diez minutos después llegamos al elitista barrio donde vive Mara... Se lo ha traído a su casa.

Aparcan y bajan cogidos de la mano. Los veo meterse en el portal y, sin saber por qué, aparco y me dirijo a su casa.

Espero durante unos minutos, justo entonces, un vecino sale del portal y yo me cuelo dentro. Miro los buzones y veo que vive en el sexto, puerta once. Sin que me dé tiempo a esconderme, el tío que ha venido con ella sale del ascensor con cara de pocos amigos, ni me mira cuando sale del portal, pegando un fuerte portazo.

Sonrío... este no ha follado.

No sé si es por mi ego satisfecho, o la necesidad de saber que está bien, pero me monto en el ascensor y marco su piso. Cuando el ascensor para en la sexta planta, mi corazón late de tal manera que pienso que me va a dar un infarto.

Respiro profundamente mientras llamo a su casa.

Oigo unos pasos que se acercan...

—Lucas... de verdad que no pu...

No puede terminar la frase cuando me ve. Sus increíbles ojos pestañean confundidos mientras yo le dedico una sonrisa.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

Ella parece no saber cómo actuar.

—Por favor... —insisto.

—Claro, pasa —dice, apartándose para que pueda entrar.

La casa es enorme y se nota que son gente de dinero. Todo está decorado con gusto y de manera lujosa... Todo lo contrario a lo que yo soy...

—Bruno, ¿qué haces aquí? —vuelve a preguntar.

—He venido a verte —digo en voz baja y enfadada.

Abre la boca con intención de contestarme, pero la vuelve a cerrar, mientras me mira nerviosa.

—He visto salir a tu amigo... no parecía contento —digo acercándome a ella hasta poder oler su perfume.

—No lo estaba —dice mientras su mirada se va volviendo más oscura, más carnal.

—¿No te has acostado con él? —pregunto, temeroso de su respuesta.

—No, no he podido.

—¿Por qué no has podido? —pregunto con la voz ronca por el deseo, y tan cerca de su cuerpo que he de controlarme para no abalanzarme sobre ella.

Cambia la expresión de su cara, analizándome, mirándome intentando descifrarme.

—¿Por qué crees tú que no he podido? —me pregunta con su boca a unos centímetros de la mía.

De repente lo siento de nuevo. La deseo y esta vez no me voy a poder contener.

—No has podido hacerlo porque es a mí a quien deseas...

Sin que le dé tiempo a reaccionar, la agarro y la empujo contra el amplio sofá. Le sujeto la cara con las manos y la beso con fuerza, vertiendo toda mi desesperación en ese beso. Ella gime en mi boca, respondiendo con idéntica pasión.

Torpemente la desnudo, dejando su increíble cuerpo a la vista. Está arrebatadora. Me desnudo mientras ella permanece tumbada en el sofá, baja la vista y al verme la erección abre los ojos y parece escandalizada. Yo le sonrío con picardía. «Sí, así le has puesto la polla a un cura, nena».

Me tumbo sobre ella y la penetro con fuerza. Ella gime y me mira con los ojos ardientes de deseo, y yo la empujo una y otra vez hasta notar cómo se pone rígida, a punto de correrse, así que empujo más y más... Grita y se abraza a mi espalda justo cuando el orgasmo la atrapa... Inmediatamente después, me dejo ir...

Nos quedamos tumbados, sin hablar, ella se vuelve hacia mí y me acaricia el pecho. Yo, todavía jadeante, la atraigo con fuerza.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta con los ojos llenos de emoción.

La miro sin saber qué decir, sin saber lo que voy a hacer.

Esto no entraba en mis planes... Esto no debería haber pasado nunca. Esto me va a complicar más la existencia todavía. Si eso fuera posible.

CAPÍTULO 10

MARA

Lo miro mientras duerme profundamente pegado a mí. Bruno está en mi cama, desnudo y exhausto tras una noche llena de sexo y pasión. No me lo puedo creer... Sin embargo, no puedo sentirme más feliz de lo que soy en este momento.

—Buenos días —dice desperezándose en cuanto se despierta.

—Buenos días —respondo con timidez.

Me coge por la barbilla y me besa con fuerza. Un beso apasionado, y eso me deja sin aliento.

—¿Quieres quedarte conmigo el fin de semana? —pregunto de carrerilla temiendo que diga que no.

—¿Quieres que me quede? —pregunta mirándome fijamente a los ojos, de la manera que solo él sabe hacerlo.

—Es lo que más quiero en este momento —respondo con sinceridad.

—Pues en ese caso nada me gustaría más —dice sonriendo.

—Pues entonces tendremos que ir a comprar... Cuando mis padres no están en casa, siempre paso con comida para llevar a domicilio.

—Pues vamos a comprar... Yo cocinaré para ti —dice, levantándose y dejando a la vista su impresionante cuerpo desnudo.

Llegamos a un Carrefour Express que hay en la esquina de mi calle.

Vamos cogiendo las cosas que necesitamos. Bruno quiere preparar un salteado de verduras y pollo para comer. Cogemos pan y algo de picoteo, también un poco de pescado para cenar y unas ensaladas ya preparadas.

Entramos en casa cargados con un par de bolsas, colocamos la compra en la isla de la cocina. Mientras yo lo voy poniendo todo al sitio, Bruno se sienta sin dejar de mirarme.

—Esto es tan raro —dice de pronto.

—¿El qué? —pregunto con curiosidad.

—Tú y yo... La situación —empieza a hablar—. Apenas nos conocemos, pero siento que ya te conozco de toda la vida. No sé qué vamos a hacer... Pero solo sé que no puedo dejarte sola.

Su sinceridad y sus palabras me dejan sin respiración. No me quiere dejar sola... Eso es mucho más de lo que hubiera soñado hace solo dos días.

—Yo siento exactamente lo mismo que tú... No quiero que me dejes sola... Nunca.

Nos quedamos sin hablar, solo mirándonos el uno al otro... El ambiente se va cargando, sin que ninguno diga nada, solo nos miramos. Me chupo los labios cuando el deseo que siento por este

hombre me vuelve a dominar por completo.

De golpe, me agarra por las caderas y me atrae a él mientras yo hundo las manos en su cabello y su boca me reclama una vez más.

Me empuja contra la nevera, y su lengua encuentra la mía. Jadeo en su boca, una de sus manos me sujeta el pelo y me echa la cabeza hacia atrás y nos besamos salvajemente.

—¿Qué quieres hacer, Mara? —jadea.

—Quiero que hagas que me corra otra vez —gimo.

—Qué boca más sucia, señorita —dice en tono burlón—. Pero será un placer complacerte.

Me coge en brazos y me lleva a mi dormitorio. Me deja de pie junto a la cama.

—¿Y ahora qué quieres que haga? —dice en voz baja.

—Fóllame.

Él sonrío, mete el dedo índice en el escote de mi blusa y comienza a desabrocharla.

Cuando ha terminado con la camisa, se inclina y me quita el pantalón.

—Dime lo que quieres, Mara —dice con un brillo de deseo en sus preciosos y verdes ojos.

—Fóllame con la boca —digo, sin reconocer mi propia voz.

—Oh, encantado —dice con una risita.

Me besa y despliega la lengua, no sé el tiempo que llevaba sin hacerlo, pero sin duda lo ha hecho muchas veces antes. Es todo un experto en dar placer de esa forma.

Yo gimo y me agarro a su cabello. Él no para, me rodea el clítoris con la lengua y me vuelve loca, una y otra vez.

—Bruno, por favor —suplico—. Llévame a la cama.

Me tumba y yo solo quiero sentirlo dentro de mí.

—Fóllame.

—Es lo que hago —susurra besando mis pechos con suavidad.

—Te quiero dentro de mí.

Se levanta y se quita la ropa. Es un dios griego. Sencillamente perfecto.

Se inclina sobre la cama y se arrastra lentamente sobre mí, besándome al hacerlo.

Sin dejar de mirarme, me separa las piernas con las suyas y se hunde en mi interior.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación tan sumamente placentera.

—Vamos, Mara —gime—. Córrete para mí.

Sus palabras hacen que estalle en un intenso orgasmo, y él me sigue gritando mi nombre.

Se derrumba encima de mí y hunde la cabeza en mi cuello.

—Esto ha sido increíble... —digo cuando recobro la cordura.

—Lo tomaré como un cumplido... Y ahora a comer, o me voy a marear por el hambre.

—Pues yo podría pasar con solo comerte a ti —bromeo.

—Pues yo necesito comida también, la verdad —dice riendo.

Ambos estamos sentados en la mesa de la cocina, comemos el delicioso salteado que ha preparado Bruno.

—Está buenísimo —digo, devorando la comida.

—Muchas gracias, señorita —me sonrío.
—Sin duda, un punto más a tu favor... También eres un gran cocinero.
—¿También?
—Sí, gran cocinero y gran amante —mis palabras le hacen reír a carcajada limpia.
—Vaya... Pues muchas gracias por el cumplido.

Y así, como si fuéramos una pareja normal, unos jóvenes que se gustan y que se quieren conocer, pasamos el resto del fin de semana.

Sin embargo, el domingo por la tarde llega y toca volver a la realidad: en una semana comienza el juicio y, aunque Bruno se muestra tranquilo y confiado en su inocencia, soy consciente de que va a ser muy difícil demostrar que es inocente.

El lunes antes de las ocho ya estoy en el bufete. Me espera una semana de locos. Hablo con el fiscal, con mi padre, con mi abuelo y con los socios del bufete, reviso por enésima vez toda la documentación del caso. Llamo a los testigos de la defensa para repasar las preguntas que les voy a hacer.

La semana pasa volando, ya estamos a jueves por la tarde y tengo más que preparada la defensa.

Con Bruno hablo todas las noches por teléfono, es mejor que no nos veamos hasta el juicio... No quiero que me distraiga con su sexo deliciosamente pervertido.

Rosa, mi secretaria, llama a la puerta.

—¿Puedo pasar, Mara?

—Claro, Rosa. ¿Qué sucede?

—Ha venido una mujer para hablar contigo... Dice que es sobre el caso del padre Eguía. Y que es urgente que hable contigo.

—Hazla pasar —intento disimular mi desconcierto ante la atenta mirada de Rosa.

Asiente con la cabeza y la veo salir de mi despacho.

Mientras espero, miles de suposiciones se abren paso en mi mente. ¿Quién será y qué sabe del caso de Bruno?

—¿Se puede? —la triste voz de una mujer me devuelve a la realidad.

Una mujer de unos cincuenta años y de apariencia humilde entra en mi despacho. Tiene los ojos rojos e hinchados de llorar.

—Buenos días, soy Mara Quiroga. Pase, por favor, y tome asiento.

—Buenos días, gracias por atenderme —dice con un hilo de voz.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunto cuando la tengo sentada justo enfrente de mí.

De pronto rompe a llorar. Me levanto y rodeo mi mesa hasta ponerme a su lado.

—Debe tranquilizarse, tome un pañuelo —le ofrezco uno mientras le dedico una sonrisa tranquilizadora.

Respira profundamente y me mira con timidez y una profunda tristeza... Nunca había visto unos ojos tan tristes.

—Lo cierto, señorita Quiroga, es que llevo varios días viviendo un auténtico calvario, sin saber cómo dar este paso. Sin saber si debo darlo o no... Pero mi conciencia me dice que no puedo

permitir que un hombre inocente pague por algo que no ha hecho.

—La escucho con atención —digo llena de curiosidad.

—El padre Bruno Eguia no es el asesino del padre Anselmo... Él es inocente —su voz está rota por el dolor.

—¿No? —pregunto—. ¿Y quién es el culpable?

La veo parpadear nerviosa. Incapaz de mirarme a la cara.

—¿Su nombre es? —le pregunto para poder dirigirme a ella.

—Alicia. Alicia Serrano —dice.

—Bien, Alicia, yo estoy aquí para ayudarla en todo lo que pueda. Confíe en mí.

Asiente con la cabeza y vuelve a coger aire una vez más.

—Sé que no ha sido el padre Eguia, y la razón por la que lo sé es porque fue mi marido quien lo mató.

Su confesión me deja sin palabras. No sé qué decirle.

—Mi marido es un hombre bueno, créame. Pero vivimos un infierno desde que nuestra hija Estela murió... Bueno, se quitó la vida, mejor dicho.

—Lo siento mucho —es todo lo que puedo decir.

—Ella llevaba un tiempo muy triste y deprimida. Solo tenía quince años cuando ocurrió. Desde hacía un tiempo ayudada al padre Anselmo a preparar las misas. Era una especie de monaguilla. En casa nunca nos sobró el dinero y él le daba una pequeña paga por ayudarle. Al principio iba muy contenta, pero un día todo cambió. No quería ir, pero entonces su padre se quedó en paro y siguió yendo. Cada día estaba más triste y deprimida, pero cuando le preguntábamos decía que no le pasaba nada. Nosotros pensábamos que estaba en la edad del pavo, iba a cumplir quince años y es una edad complicada.

—¿Y qué ocurrió? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Al día siguiente de cumplir los quince años se tiró por la ventana de su habitación.

Siento unas ganas terribles de vomitar, pero intento mantener la compostura delante de ella.

—Nos dejó una carta en la que nos lo contaba todo. Los abusos que el padre Anselmo le dio durante los dos años que estuvo con él en la iglesia. Su miedo a que se supiera y nadie la creyera, su dolor por no contárnoslo. Explicó en tres folios el asco y la vergüenza que sentía.

—Dios mío... —es todo lo que puedo decir.

—Nos pusimos en contacto con un abogado, pero no veía claro ganar el caso y, dada nuestra situación económica... Fuimos al obispado, pero tampoco dieron credibilidad a su testimonio... Estábamos solos en esto.

—No sabe cuánto lo siento...

—Mi marido se fue volviendo cada día más huraño, más encerrado en sí mismo. Cambió y se convirtió en otra persona. Hasta que, tras vigilar los pasos que el padre Anselmo daba día tras día durante varios meses, vio la oportunidad de matarlo. De acabar con la vida del hombre que nos había enterrado en vida a nosotros. De acabar con el único culpable del suicidio de nuestra hija.

—¿Cómo lo supo usted?

—La noche del asesinato, llegó a casa muy nervioso y agitado. Se metió en la habitación sin dejarme entrar y sin hablarme. Se cambió de ropa y salió de casa con una bolsa. Yo pensaba que

era basura, pero el otro día bajé al trastero y la encontré escondida dentro de una maleta... Era una bolsa, y dentro había ropa con sangre. Subí y le pregunté, pero yo ya sabía muy bien la respuesta. Me confesó que nuestra hija por fin iba a descansar en paz. Que el violador de niños había tenido su merecido.

El ambiente en mi despacho se va helando por momentos. La historia me ha dejado petrificada, sin saber qué decir.

—He estado varios días sin saber qué hacer... Pero mi conciencia no me dejaba vivir, por eso he venido, para contar la verdad.

De repente mil pensamientos cruzan mi mente.

Esto lo cambia todo. Ya no va a haber juicio, Bruno ya no puede ser condenado. Tras llamar al fiscal le comunico que tengo una testigo. Quedamos en reunirnos en el juzgado para hablar con el juez. Ella tiene que hacer una declaración jurada y me esperan unos días caóticos, sin embargo, solo pienso en lo feliz que me siento al saber que Bruno no va a tener que enfrentarse a un juicio que pintaba muy mal para él.

Tras más de seis horas de reuniones interminables, tengo un hueco para mandarle un mensaje.

«Esta tarde iré a verte. Tengo muy buenas noticias».

Mi corazón se acelera y mi cuerpo tiembla con solo pensar en volver a verle. Con solo en volver a sentirlo entre mis piernas.

«Te espero ansioso y deseando conocerlas».

Su mensaje me agita y remueve algo en mi interior... ¿Qué va a pasar con nosotros?

CAPÍTULO 11

BRUNO

El mensaje de Mara me deja intrigado y expectante... ¿Cuáles serán las buenas noticias? Espero que tengan que ver con el caso. La hora del juicio se aproxima y, aunque estoy preparado para defender mi verdad, es cierto que tengo pocas bazas con las que hacerlo. Pero soy inocente, y confío en poder demostrarlo con la ayuda de Mara y de Dios.

En unas horas llegará a la casa de la sierra en la cual sigo recluido esperando que venga y, nervioso, miro el reloj sin parar. Deambulo por la casa sin saber qué hacer... No quiero llamar a mi madre para darle la noticia, quizá le haga ilusiones para nada y luego la decepción sería peor.

Tras la tarde más larga de mi vida, el ruido de un motor aparcando me sobresalta: Mara ya ha llegado, y estoy ansioso por conocer esa noticia.

Abro la puerta y, a paso rápido, salgo a su encuentro. La veo acercarse con una sonrisa radiante, incluso tiene un brillo especial en la mirada. Me abraza en cuanto me alcanza. Permanecemos abrazados, sin hablar, solo abrazados. Poco a poco se va separando de mí.

—Todo ha terminado —me dice con una alegría deslumbrante—. Lo tenemos... Lo ha confesado todo.

Siento que mi corazón se para por la impresión que me causan sus palabras. Estoy sin poder articular palabra.

—Lo tenemos, Bruno... Se acabó.

Asiento con la cabeza, mientras mi cuerpo es incapaz de reaccionar todavía.

—¿Quién fue? —logro preguntar al cabo de unos segundos.

—Vamos dentro, te lo voy a contar todo.

Caminamos abrazados hacia el interior de la casa y nos sentamos juntos, casi pegados.

—No me lo puedo creer... —digo todavía en estado de *shock*.

Apenas reconozco mi propia voz. Todo parece irreal, un sueño. Se sienta erguida y cuadra sus delgados hombros. Parece muy profesional. Comienza su explicación.

—Esta mañana ha venido a mi despacho una testigo del asesinato.

—¿Hubo una testigo? —pregunto, confundido.

—No exactamente... Ella... Ella... Bruno, ella es la mujer del asesino del padre Anselmo.

Durante varios minutos me explica todo lo que esa mujer les ha contado tanto a ella como al fiscal y al juez que lleva el caso... Al cabo de unas horas, y al verse descubierto, el asesino se ha entregado a la policía y lo ha confesado todo.

Yo la escucho sin apartar mis ojos de los suyos. Atónito, escucho todos los detalles escabrosos del caso.

—Pobre familia —digo, totalmente impactado por los hechos que han debido de pasar.

—La verdad que la mujer me ha dado mucha pena, y la pobre niña... Es horrible —dice, con un hilo de voz.

—Es despreciable lo que hizo el padre Anselmo... por culpa de dementes como él... ¿Y ahora, qué? —pregunto.

—Ahora el fiscal ha retirado todos los cargos contra ti... Eres un hombre libre.

—¿Así? ¿Sin más? —pregunto.

Ella me mira y asiente mientras el ambiente se carga más y más. Y no me puedo contener. Me abalanzo sobre ella y, cogiéndola en brazos, la llevo hasta mi dormitorio. La tumbo en la cama. Ella jadea en mi boca y nos besamos salvajemente. Quiero follarla, follarla y sentir la liberación completa de mi cuerpo. Necesito sacar toda la tensión acumulada.

—Te voy a follar hasta que grites —digo, totalmente fuera de mí.

—Y yo quiero que me hagas gritar... —sus palabras son la gasolina que termina de encenderme.

Le quito la camisa y el pantalón y lo dejo caer en el suelo. Casi me arranco la camisa al quitármela.

La tensión sexual está a punto de hacerme estallar. La miro, evaluando su deseo. Jadea y puedo ver lo excitada que está.

Me abalanzo sobre ella y la penetro con dureza. Grita al notar la fuerte embestida, pero no me detengo, sigo embistiéndola una y otra vez.

—Vamos, Mara, dámelo —jadeo entre dientes.

Grita una vez más mientras su cuerpo responde a mi orden. Acto seguido soy yo quien cede al placer gritando su nombre.

—Ha sido increíble —susurra sonriendo tímidamente.

—Tú eres increíble —digo acariciando su pelo, que cae por mi pecho.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí, contigo? —su pregunta me sorprende.

—Pero si es lunes...

—Ya lo sé, mañana puedo salir pronto para poder llegar bien al bufete.

—Por mí, perfecto... Siempre me vienes bien en mi cama —bromeo.

Mientras Mara se ducha, llamo a mi madre, que no puede dejar de llorar de la alegría. Llamo al obispo, a varios sacerdotes, a mis amigos... Todos están muy contentos y felices por mí.

Estoy terminando de hablar con Juan, un compañero del seminario, cuando la veo entrar en la cocina. Está preciosa vestida únicamente con una de mis camisetas básicas de dormir.

—Ya se lo he dicho a todo el mundo —digo al colgar.

—Es casi de película cómo se ha solucionado de repente el caso... Hemos tenido mucha suerte.

—O quizá ayuda divina —digo mientras me acerco para abrazarla.

—No creo en esa ayuda... Pero si te sirve de consuelo —dice con una risita bromista.

—Gracias, de verdad, gracias por todo... No sé qué hubiera hecho sin ti.

Me mira con los ojos llenos de emoción.

—Soy yo la que da las gracias porque hayas aparecido en mi vida —susurra abrazada a mi pecho.

Durante un rato permanecemos abrazados, sin hablar, solo sintiendo nuestros cuerpos y nuestras respiraciones acompasadas.

La noche pasa en un abrir y cerrar de ojos. A las siete de la mañana suena el despertador. La miro desde la cama vestirse y prepararse. Es todo un espectáculo.

—¿Disfrutando de las vistas? —bromea.

—Es que, menudas vistas...

Se ríe y me lanza un zapato a la cara, que logro esquivar con el brazo.

La acompaño hasta la puerta y nos despedimos. Yo tengo una reunión a las doce en el obispado y también me he de preparar.

Tras hacer algo de ejercicio me visto, y lo hago con el alzacuellos y vestido de lo que soy... Un sacerdote.

Una vez en el obispado espero pacientemente a que el secretario me diga que ya puedo pasar.

Una vez dentro y tras sentarme delante de él, sus palabras me hacen volver a la realidad.

—Bien, Bruno... Es hora de volver a tu puesto de trabajo, pero he pensado que lo mejor es cambiar de parroquia... ¿Qué tal la parroquia de San Ginés?

—Iré donde su eminencia considere oportuno —respondo.

—Pues entonces te vas a incorporar en una semana, el padre José Luís se va de misiones y se queda vacante su plaza. Mientras, te puedes quedar en la casa de la sierra.

Asiento y beso su anillo antes de salir.

Una vez en la calle, soy consciente de lo que esto significa: mi historia con Mara debe terminar.

CAPÍTULO 12

MARA

Cuando llego al bufete, soy una mujer feliz. Saludo a mis compañeros, que me felicitan por el desenlace del caso.

Pedro, uno de los socios, levanta los ojos cuando paso por su lado con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días, Mara. Estás radiante...Te ha sentado genial ganar el caso sin tener siquiera que ir a juicio.

Su comentario me sonroja. No sé si es una felicitación real o más bien se está riendo de mí.

—Muchas gracias, Pedro. Ha sido una suerte no tener que ir a juicio, pero si hubiera tenido que ir, estaba más que preparada y capacitada para ganarlo.

—No lo dudo... Tienes mucho talento en esa cabecita... Además de una cara preciosa y un cuerpo de infarto... Tienes mucha materia gris.

«¿Gris? Tú sí que eres gris...», pienso.

Ahora soy consciente de que está coqueteando descaradamente conmigo, y no me gusta, para nada.

—Te agradezco el cumplido... Ahora, si me disculpas, tengo mucho trabajo en mi despacho.

Frunce el ceño.

—Claro, toca ponerse las pilas con un nuevo caso, supongo.

Me dirijo a mi despacho sin contestarle y me dejo caer en mi sillón.

Conecto el ordenador para empezar una nueva jornada mientras me termino el café con leche que he comprado en la cafetería de Blas.

La mañana pasa entre reuniones y revisiones de posibles casos que debo decidir si aceptar o no.

En cuanto tengo un minuto libre, decido enviar un mensaje Bruno.

«Lo de anoche fue muy especial... Me encanta amanecer a tu lado».

Le doy a enviar y espero su respuesta sonriendo como una idiota.

«Todo lo que tiene que ver contigo es especial... Siempre».

Su respuesta hace que mi corazón empiece a bailar muerto de felicidad.

«Voy a terminar pronto en el bufete... ¿Me invitas a comer y a pasar la tarde contigo?».

Apenas un minuto después llega su contestación.

«¿Arroz al horno para dos?».

Sonrío al leer el mensaje.

«Perfecto».

Son cerca de las tres y media cuando llego a la casa de la sierra.

Bruno me espera en la puerta. Su sola presencia paraliza el resto del mundo.

—¿Tienes hambre? —pregunta con voz sexi.

—Mucha... y no solo de comida.

—¿En serio? Pues ya somos dos...

Comemos el delicioso arroz al horno en silencio. Bruno está más callado y pensativo de lo normal.

—¿Sucede algo? —pregunto.

—Ya sabes que tenía una reunión con el obispo...

Su tono es seco, de repente se ha puesto muy serio.

—Pues bien, la semana que viene empiezo en una nueva parroquia.

De repente soy consciente de que sigue siendo un sacerdote. De que nunca ha dejado de serlo y, lo que es peor, de que nunca lo va a dejar de ser...

—¿Y qué iglesia es? —pregunto con un hilo de voz.

—La parroquia de San Ginés —dice en voz baja— Está cerca del Bernabéu.

—Mira qué bien, cuando acabes de dar misa, puedes ir al fútbol —bromeo de mala gana.

Sonríe mientras niega divertido.

—Es cierto, no lo había pensado.

Mi mente intenta pensar qué puedo hacer para que esto no sea una despedida. Tengo que pensar algo para ganar tiempo e intentar convencerlo de que debe colgar la sotana. De que debe estar conmigo. De que estamos predestinados a estar juntos.

—¿Cuándo empiezas?

—El miércoles que viene...

—¿Tenemos una semana de libertad? —pregunto con un hilo de esperanza.

—¿Una semana de libertad? —repite mi pregunta—. Bueno... Si quieres decirlo así... En cuanto vuelva a officiar misa. En cuanto me vista para la liturgia. En cuanto vuelva a ponerme una sotana. Esto ya no volverá a ocurrir... Jamás. ¿Lo entiendes?

Sus palabras me atraviesan y me parten por la mitad. Sin embargo, tengo una semana para intentar que cambie de opinión. Para eso, o para hacerme a la idea de que no puedo estar con él... Tengo poco que perder y mucho que ganar.

—De acuerdo. Lo entiendo perfectamente. Pero tengo algo que proponerte. Puedo coger una semana de vacaciones. Puedo venir aquí, contigo, y disfrutar de la última semana que podemos estar juntos. Necesito tiempo para asimilarlo... Y lo quiero pasar contigo.

Él me mira, confundido. Pestañea nervioso sin hablar.

—Por favor... —insisto.

Puedo ver la indecisión en su bonita cara.

—De acuerdo... Una semana y luego cada uno debe retomar su vida.

Es todo lo que necesito oír. Me lanzo a sus brazos y lo beso con pasión.

Tres horas más tarde estoy instalada en la sierra con él. He ido a casa. Me he preparado una maleta con ropa. Les he dicho a mis padres que el caso me ha dejado psicológicamente agotada y que me voy unos días a un balneario de relax. Sola y sin cobertura para que no me moleste nadie. Aviso al bufete de que me cojo una semana de vacaciones y, con el corazón bailando de pensar que voy a estar con él tantos días, me dirijo de nuevo a la sierra.

Cuando llego, Bruno ya me ha hecho hueco en el armario y en el baño. Guardo todo lo que he traído en la pequeña maleta y salgo al salón, donde Bruno está tan absorto en la lectura de un libro, que no ha deparado en mi presencia.

Me apoyo en la puerta y lo estudio con atención. Todo él, todo su ser, te atrae de una forma que resulta adictiva.

De pronto alza la vista y me ve.

—¿Ya estás instalada? —pregunta mientras se acerca a mí.

—Sí, gracias por hacerme un hueco en tu armario.

—No se merecen —sus fuertes manos me atraen hacia él con fuerza.

Respiro de forma agitada mientras me abraza con fuerza. Su olor, su perfume... Podría vivir abrazada a él.

—Sabes que podrías tener al hombre que quisieras, ¿verdad? —su sensual voz me atrapa una vez más.

—No, no es cierto —de repente siento un pinchazo en el corazón que llega a doler—. A ti no te puedo tener.

Él me mira y parpadea, con recelo, creo, nervioso por el derrotero que está tomando la conversación.

—No te voy a pedir nada que tú no me puedas dar, pero no me pidas que no sueñe con un hipotético nosotros... ¿Puedo soñar? —pregunto cogiendo su cara con ambas manos.

Él desliza sus brazos a mi alrededor y me estrecha contra sí.

Al cabo de un momento, suspira y dice en voz baja.

—Puedes soñar, pero los sueños, sueños son.

Sus palabras abren una pequeña brecha en mí ya herido corazón. Sin embargo, su abrazo fuerte y desesperado me hace ver que me necesita, casi tanto como yo lo necesito a él.

Y así, abrazados, sin oír nada más que el retumbar de nuestros corazones acelerados, permanecemos tanto tiempo que apenas me siento los brazos.

Voy a hacer que se enamore de mí. Voy a hacer que decida dejar a ese Dios que no le deja amarme. Voy a lograr que no pueda alejarse de mí.

Tengo una semana para conseguir que me quiera... Tanto como yo estoy empezando a quererle a él.

CAPÍTULO 13

BRUNO

Abro los ojos y sonrío al ver a Mara durmiendo a mi lado. Es una sensación que me gusta, y a la que me podría acostumbrar... pero intento no pensar en ello.

Me levanto sin hacer ruido y me dirijo a la cocina. Preparo café, zumo de naranja y tostadas.

—Buenos días —dice cuando se asoma por el umbral de la puerta.

—Buenos días, dormilona —bromeo—. ¿Tienes hambre?

—Mucha...

—He preparado café, zumo de naranja y tostadas de tomate con aceite de oliva.

—Suenan deliciosos —dice mientras se sienta en una de las sillas de la cocina.

Desayunamos sentados uno al lado del otro. Me siento cómodo, tal vez demasiado cómodo, teniendo en cuenta que esto solo va a ser posible unos días.

—¿Te apetece dar una vuelta por el pueblo cuando acabe mi tanda de ejercicio?

—Me parece muy buen plan, podíamos tomar el aperitivo y picar algo en algún bar —dice, animada.

—Me parece genial.

La beso apasionadamente antes de salir a correr. Ella saca una tumbona fuera de la casa y se dispone a leer bajo un árbol.

Vuelvo mi vista a ella antes de bajar por el sendero que lleva al pueblo. Me gusta verla a mi lado, tan feliz, tan preciosa, tan mía...

Dos horas después ambos nos duchamos juntos dispuestos a pasar un mediodía agradable paseando por el pueblo.

Aparcamos en el típico *parking* público que hay habilitado para visitantes y turistas. Y, de la mano, nos dirigimos al centro del pueblo. Vemos la típica taberna y entramos dispuestos a tomar una cerveza o una copa de vino.

Al entrar, un grupo de chicas se vuelven y cotillean al verme.

Pedimos en la barra dos botellines y nos sentamos en una mesa.

Las chicas no se cortan ni disimulan y siguen mirándome y cuchicheando.

—Hace falta tener poca vergüenza para ser tan descaradas —dice mientras las reta con la mirada.

—¿Estás celosa? —le pregunto en voz baja.

—Tal vez... ¿Te molesta que lo esté? —me pregunta con una sonrisa descarada.

—Me encanta, para ser sincero.

Ella se empieza a reír divertida y me coge la cara con ambas manos mientras me besa con posesión. Sé que está marcando territorio.

Nos bebemos un botellín, y otro, y otro más...

Decidimos pedir unas tapas y, cuando acabamos de comer, ambos vamos un poco achispados y, no sé si es fruto de la bebida o de los celos, pero Mara no deja de besarme y acariciarme. Me está poniendo como una moto.

—¿Volvemos a casa? —pregunto mientras su mano pasea cerca de mi entrepierna.

—Sí, no puedo esperar a tenerte dentro de mí.

No espero ni el cambio del billete de cincuenta euros que he dejado en la mesa.

Vamos a coger el coche y doy gracias porque el café que terminé de tomar me ha despejado del todo.

Entramos en casa y vamos a mi dormitorio, sin parar de besarnos y de tocarnos, no voy a durar nada conforme estoy de caliente.

Nos quitamos torpemente la ropa y nos tumbamos en la cama. Yo comienzo a lamerle los pechos, ella gime y se retuerce debajo de mí.

—No te corras —le digo en voz baja—. Eso lo quiero para después.

Ella chillaba y se aferra a mi espalda. De una fuerte embestida me meto en ella. Está muy mojada, y yo siento que voy a durar muy poco. Me muevo con fuerza entrando en ella una y otra vez... Ambos estamos a punto.

—Oh... Bruno —gime cuando me dejo caer a su lado totalmente exhausto.

Permanecemos tumbados, abrazados, hablando de cosas de nuestra vida.

—Estoy tan bien ahora mismo que me planteo no levantarme de esta cama jamás —bromea.

—Es una opción —le sigo la broma—. Podríamos comer, beber, dormir, ir al baño e incluso tú podrías trabajar desde aquí, y yo oficiar misa *online*.

—Ja, ja, y ja, qué gracioso eres.

—¿No lo soy? —la atraigo hacia mí.

—No, no lo eres...

—No te creo, veo cómo te ríes por lo bajito.

Durante más de dos horas permanecemos así, hablando y riendo. Qué deliciosa manera de pasar la tarde.

—Buenos días, dormilón —la dulce voz de Mara me despierta.

—Buenos días, preciosa —le contesto mientras me incorporo a la cama.

—¿Chocolate con churros para desayunar? —pregunta, contenta.

—¿Bajar al pueblo? —pregunto.

—Negativo, mi “curita” guapo. He ido yo mientras dormías. Lo tengo todo preparado en la cocina —anuncia, satisfecha.

—Pues a desayunar se ha dicho. Feligresa...

—Ah, no... de eso nada —ríe ante mi respuesta.

—No tienes remedio... —niego con la cabeza.

Durante el día paseamos, hacemos juntos deporte, comemos y hablamos tumbados en las viejas pero cómodas tumbonas que hemos puesto bajo el abeto.

No lo quiero pensar, pero una llamada me hace aterrizar de golpe: el padre Ángel me recuerda que he de pasar por el obispado para recoger las llaves de la parroquia y de la casa en la que

viviré a partir de ahora.

Quedan cinco días. Cinco días para disfrutar de un sexo y una compañía increíble que no volveré a tener nunca más en toda mi vida.

Quiero aprovecharlos al máximo, me siento como un novio en su despedida de soltero. Yo me despido de mi parte lujuriosa que desea sexo y obtener placer con una mujer.

Y me voy a despedir con ella. Solo con ella.

CAPÍTULO 14

MARA

Podría vivir así el resto de mi vida. Ese pensamiento es cada vez más recurrente. Soy consciente de que somos almas gemelas, somos seres creados para ser el uno del otro, pero sus malditas creencias nos obligan a separarnos. Si ya creía poco en Dios... ahora creo menos. Pronto Bruno será una causa perdida para mí y tendré que aceptar la horrible realidad de que nunca podremos ser nada, ni amigos, ni siquiera conocidos, no sería capaz de verle sabiendo que no puedo estar con él... No, nunca podremos tener amistad ni nada que se le parezca. Lo estoy empezando a asumir.

Pero no voy a pensar en eso ahora. Solo quiero relajarme y tomar el sol de este maravilloso y soleado día.

Abro el libro de misterio que estoy leyendo y me dejo atrapar por sus páginas.

Pero las pisadas de Bruno volviendo de hacer deporte me sacan de mi ensoñación.

Lleva una camiseta azul y unos pantalones cortos negros. Parece relajado y contento. El sudor hace brillar su pelo negro, todavía más brillante que de costumbre.

Justo antes de alcanzarme, se para y se apoya en un árbol. No me habla, no se acerca a mí. Se limita a mirarme, como si no hubiera otro lugar en el que prefiera estar ni otra cosa que desee hacer.

El deseo hace acto de presencia en mí una vez más... Sé lo que ambos queremos, lo que ambos necesitamos. Es una droga y necesitamos nuestra dosis diaria.

Me levanto muy despacio, doy un paso hacia él, y luego otro. Clavo la mirada en sus ojos, que me miran con una expresión penetrante.

—Sabes que no respondo cuando me miras así... —dice con voz ronca.

Sonrío con picardía.

—Lo sé... —susurro en cuanto lo alcanzo.

Me quito la camiseta y el pantalón. Me quedo de pie frente a él, solo con ropa interior.

—Sabes lo que quiero —digo mientras deslizo la mano por mi vientre hasta llegar a las bragas.

Los ojos de Bruno no abandonan los míos ni un instante, pero de pronto su mano baja el pantalón sacando su polla erecta.

—Tú también sabes lo que yo quiero —dice mientras se acaricia lentamente—. Así que dámelo.

Sin pensarlo ni un instante, me arrodillo y me meto su pene en la boca. Quiero volverle loco, como él me está volviendo a mí.

Quiero que no pueda renunciar a mí, y por eso lo hago mío con la boca mientras él se retuerce de

placer.

—Para... —gime—. No me quiero correr en tu boca.

No le hago caso y succiono con fuerza hasta notar su semen caliente bajar por mi garganta.

—Joder, Mara... Vas a conseguir volverme loco —dice con la voz todavía entrecortada.

—No hay nada que desee más —digo mientras me relamo las comisuras de los labios de forma sexi.

Cuando entramos en la casa soy consciente de que haría cualquier cosa para complacerlo, es más, soy consciente de que el placer que le logro proporcionar me proporciona más placer que el mío propio.

Fuera diluvia, de repente se ha girado muy mala tarde. Ambos estamos abrazados en el sofá. No hay televisión, pero he llevado mi portátil para poder ver alguna película en Netflix o HBO. Una película de terror intenta captar nuestra atención sin mucho éxito.

—¿En qué piensas? —pregunta mientras acaricia mi pelo con suavidad.

—En que solo nos quedan tres días... —digo con mi voz convertida en un susurro.

—Lo sé... yo tampoco puedo dejar de pensar en ello.

Oírlo admitir que no puede dejar de pensar en el poco tiempo que nos queda me hace reaccionar.

—¿De verdad? ¿En serio no paras de pensar en ello? Pues entonces explícame por qué tenemos que pasarlo tan mal los dos, dime por qué no puedes colgar la sotana, dime por qué no podemos ser una pareja normal... —el tono de mi voz ha ido subiendo con cada palabra.

Lo veo pestañear nervioso, sin saber qué decir.

—Mara... No insistas, no puedo. Debo mi vida a Dios. Solo Él me dio el valor y la fuerza de convertirme en el hombre que soy.

Sus palabras vuelven a destrozarme por dentro una vez más, sin embargo, intento que no se me note, intento disimular la decepción que siento, la impotencia... Intento hacerle ver que no me afecta.

—Está bien, follemos y pasemos los tres días que nos quedan los mejor posible. ¿No te parece?
—en mis palabras hay sarcasmo, pero no parece percatarse.

—Supongo que sí —dice en voz baja—. *Carpe diem*.

—Exacto... *Carpe diem* —mi voz se mantiene firme, a pesar de la rabia que siento.

Los truenos y la lluvia acentúan el mal humor que me ha entrado.

Bruno duerme relajado y ajeno a mis sentimientos. Lo miro y me empapo de él... de sus largas pestañas, de su precioso pelo, de su boca hecha para pecar.

Todo su ser me seduce como nunca nadie lo ha hecho... como nunca nadie lo hará...

Antes de las siete de la mañana ya estoy con los ojos como platos. Me levanto sin hacer ruido y voy a la cocina para prepararme un café con leche.

No sé si primero siento su presencia u oigo sus pasos.

—Buenos días —me saluda. El tono de su voz me estremece una vez más.

—Buenos días —logro decir.

Se acerca y logro percibir el calor y el aroma de su piel.

—¿Por qué te has despertado tan temprano?

Me aferro a la encimera con ambas manos.

—Pues yo también estoy sorprendida, la verdad. No podía dormir más.

Se acerca más a mí hasta quedar atrapada entre la encimera y él. Sus manos se aferran a mis caderas. Su mano derecha sigue el viaje por mi abdomen y trepan hasta llegar a mis pechos.

—Me he aprendido de memoria cada curva de tu cuerpo. Puedo recordarlas con los ojos cerrados —susurra con su boca pegada a mi cuello.

Ante sus palabras, mi razón comienza a hacer agua. Quedan dos días, este barco se hunde. Esta fantasía, este juego, está copando demasiado de mí. Cuando todo acabe, ya nadie logrará ocupar su lugar...

De un portazo, encierro ese pensamiento en un rincón muy profundo de mi mente. No quiero saber nada de lo que me deparará la vida dentro de dos días, por el momento tengo dos días por delante para disfrutar, y luego...bueno, volveré a mi vida y ya veré cómo hacer para seguir adelante, cómo recomponerme para volver a ser yo.

Echo la cabeza hacia atrás y cojo su nuca. Mi otra mano baja por su pecho hasta llegar a los calzoncillos.

Se me escapa un jadeo al comprobar que ya tiene una considerable erección.

—Esto provocas en mí —gime en mi cuello.

Con un movimiento brusco, me da la vuelta.

Bruno tira de mi pierna un poco más y me acomoda. Dispuesto a entrar en mí. Piel contra piel. Con suavidad se introduce en mí. Una y otra vez empuja con fuerza mientras ambos gemimos de placer.

—Mara...

Mi nombre en su boca suena mejor de lo que ha sonado nunca.

—Siempre seré tuyo...

Esas tres palabras hacen que tenga el mejor orgasmo de mi vida.

—Yo siempre seré tuya también...

Y conforme pronuncio esas palabras, soy consciente de que no puedo seguir ni un minuto más a su lado. Soy consciente de que debo alejarme lo más rápido posible. Soy consciente de que cada minuto que pasa estoy más y más enamorada de él.

¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía pensar que podría jugar a este juego y salir indemne?

—Debo irme —mi voz es apenas un susurro.

Él abre mucho los ojos y me mira atónito.

—¿Irte? ¿A dónde?

Me encojo de hombros.

—A casa, supongo...

Respira agitado, parpadea y traga saliva, nervioso.

—Pero todavía nos quedan dos días.

—No puedo seguir con esto. No puedo evitar sentir lo que siento. Debo marcharme.

Los ojos se me llenan de lágrimas con cada palabra.

—Yo no quiero que te vayas. —Alarga la mano y me limpia una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—Me he enamorado de ti, Bruno. Estoy totalmente enamorada de ti. Te quiero. Te quiero tanto que duele.

De nuevo abre mucho los ojos, esta vez de pura sorpresa ante mis palabras.

—No, no puedes quererme.

—Lo sé... y lo he intentado, pero me he enamorado.

Menea la cabeza con tristeza. Cierro los ojos. No soporto mirarlo.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Lo sé... Ninguno quería que pasara, pero los sentimientos no se pueden controlar —murmuro—. Voy a vestirme. Quisiera estar sola, por favor.

Asiente con la cabeza y sale de la casa. Lo veo a través de la ventana sentarse en una silla en el porche.

Al salir, miro las tumbonas donde tantos buenos momentos hemos pasado. Él está de pie, mirando al infinito. No me habla, no me mira.

El dolor es tan intenso que me niego a reconocerlo.

—Por favor, no te vayas —suplica con un hilo de voz.

—No, no puedo —mi voz suena tan triste—... No me lo pongas más difícil.

Arrastro la maleta hasta mi coche. Me sigue, manteniendo una distancia prudencial.

Abro el maletero y meto la pequeña maleta.

—Adiós, Bruno —digo al subir al coche.

—Adiós, Mara —dice a media voz.

Arranco el coche y lo veo a través del espejo retrovisor. Su aspecto es el de un hombre completamente destrozado, un hombre inmensamente dolido, algo que refleja cómo me siento por dentro.

Aparto la mirada de él antes de que pueda cambiar de opinión y me quiera quedar los dos días que nos quedan.

El viaje de vuelta a casa es un infierno. Lloro sin consuelo y son varias veces las que he de parar en la cuneta para no tener un accidente.

Al volver a casa, no hay nadie. Extrañada, llamo a mi madre. Como se pensaban que no iba a volver hasta dentro de dos días, se ha ido con mi padre a unas convenciones que tenía en Bruselas.

Mi casa está en silencio y resulta poco acogedora dado mi estado de ánimo, pero tengo dos días por delante para animarme o, por lo menos, para no parecer un cadáver viviente.

Me dejo caer sobre mi cama, con zapatos y todo, y lloro desconsoladamente. El dolor es físico y

mental... es indescriptible. Esto es sufrimiento, y hasta ahora nunca lo había experimentado.
Lloro abrazada a mi cojín de suave terciopelo rosa, y me abandono al sufrimiento.

CAPÍTULO 15

BRUNO

Se ha ido, se ha marchado, y lo ha hecho para siempre.

Cuando entro en casa, puedo notar el vacío que ha dejado... y se acaba de marchar.

Cierro los ojos y me dejo caer en el suelo.

Esto tenía que pasar, en el fondo de mi alma siempre lo he sabido, pero no sabía que me iba a doler tanto. Así es como debe ser.

Entonces, ¿por qué estoy hecho polvo? ¿Por qué duele tanto?

Decido levantarme. He de ducharme. Tal vez el agua pueda arrastrar consigo esta agonía.

Al salir de la ducha, el dolor no ha hecho más que aumentar.

Sí, se ha ido. Más vale que lo aceptes cuanto antes.

No hay vuelta atrás. No voy a renunciar a mis votos. No, yo soy fiel a mis creencias.

Se acabó. Nunca más. Nunca volveré a probar las delicias de la carne. Jamás.

Me seco el pelo con sombría determinación.

Bueno. Hay que pasar página. Debes volver a centrarte.

Cojo el móvil y llamo a mi madre. Quedamos para comer mañana. Me nota triste, pero le digo que solo estoy cansado.

No lo entiendo. Lo tengo claro, pero no puedo evitar sentirme como una auténtica mierda.

¿Qué me pasa?

En el fondo sé lo que me pasa.

He vuelto a sentirme vivo desde que la conocí, a pesar de que haya sido en esas condiciones, ella ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Estos últimos días han sido los mejores de mi vida.

Pero no siempre se puede tener lo que uno desea.

Voy a la cocina.

No tengo hambre, pero no he comido y ya es casi de noche.

Examino el contenido de la nevera.

Pero no me apetece nada de lo que hay.

Me preparo un café con leche y me lo bebo de mala gana.

Abro el portón y salgo al porche.

No se oye nada, pero el mundo sigue adelante.

Y eso debo hacer yo, seguir adelante.

Miro el techo del dormitorio. No consigo conciliar el sueño. Me atormenta el olor al perfume de Mara, que sigue impregnado en mis sábanas.

Esta va a ser mi penitencia. Vivir sin ella. He de purgar mis pecados.

Respiro hondo y miro el radiodespertador, ya son más de las dos de la madrugada. Me doy la

vuelta y, tras aspirar fuertemente para llenarme de su olor, cierro los ojos.

Abro los ojos al notar la suave luz de los primeros rayos de sol. Son cerca de las siete de la mañana. Estoy hecho polvo, pero decido salir a correr.

La música de lo mejor de los ochenta suena a todo volumen en mis oídos mientras mis pies golpean la tierra del sendero por el que corro todos los días.

Me duele todo, pero hago como que no me afecta, como que estoy bien.

Corro todo lo deprisa que puedo, intentando dejar atrás el dolor, no lo consigo.

Olvídala. Mara no es para ti.

Vuelvo a casa. He de arreglarme para ir a comer con mi madre.

Un a vez dentro de la ducha, una idea acude a mi mente.

Tengo que despedirme de ella como es debido.

Tengo que volver a verla para poder decirle adiós.

Quiero pensar cómo puedo hacerlo, no va a ser fácil que me deje hablar.

La ansiedad se desata en mi interior.

Me arreglo y lo hago más de la cuenta. Muy consciente de que voy a verla o, por lo menos, a intentarlo.

La comida con mi madre transcurre entre abrazos y besos. Mi madre me quiere, tal vez demasiado. Me tiene en un pedestal, y eso me deja el listón muy alto como hijo.

Me despido, pasado mañana voy a officiar misa en mi nueva parroquia, y ella estará una vez más a mi lado.

Conduzco mi coche hasta su barrio. No sé si estará en casa. Tampoco si sus padres estarán también, pero decido que he de arriesgarme.

Tengo que darle las gracias por todo, y si sus padres están aquí, pues ya improvisaré.

Aparco en la esquina.

Cojo aire antes de bajar del coche.

¿Me atrevo a dar semejante espectáculo?

Maldita sea. Sí, me atrevo.

Ando a paso decidido hasta llegar a su portal.

El portero me pregunta a dónde voy.

Lo veo llamar a su piso desde la garita.

—Puede subir —dice con una amplia sonrisa de empleado modélico.

—Gracias.

El corazón me palpita desbocado hasta llegar a su piso.

Abro la puerta del ascensor y ahí está.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y dedicándome una mirada asesina.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunta enfadada.

Llego hasta su puerta.

—¿Puedo entrar?

—No, no puedes. ¿Qué narices haces aquí? —repite la pregunta cada vez más enfadada.

—Te lo suplico, déjame entrar...

La veo dudar, finalmente se aparta y entro.

Estamos solos, me ha quedado claro con su comportamiento. Y lo voy a aprovechar.

—¿Se puede saber por qué no me dejas empezar a olvidarte? —pregunta, y puedo notar lo despechada que está.

—Lo haré... Solo te pido un momento más contigo. Solo uno. Sé que no debe ocurrir... por muchas razones. Sé que está mal. Pero quiero saborearte de nuevo, una vez más, la última.

Puedo ver cómo respira nerviosa e indecisa.

—Deja que te haga mía una vez más, Mara —mi voz suena ronca—. Deja que tome mi último sorbo de ti.

Poco a poco va cambiando su expresión. Se acerca y me acaricia la cara.

—¿Qué te impide tomar más?

—Tú —respondo mientras cierro los ojos para saborear su caricia—. Espero que lo hagas. Porque yo no tengo fuerzas para seguir luchando.

—¿Y tengo que tenerlas yo por tí? ¿Y si yo tampoco tengo fuerzas?

—Pues que Dios nos ayude a los dos.

Acerco las manos a su preciosa cara. En este momento no me importa que esté mal lo que estoy haciendo. Me acerco despacio y la beso, un beso suave, lleno de sentimientos.

—No puedo... —dice mientras se aleja de mí—. Nunca debería haber empezado. Nunca debería haberte cargado a ti con la responsabilidad de decir que no. Simplemente no podía, era superior a mí. Pero ahora lo he comprendido todo. Nunca debimos hacerlo.

Vuelve la cara para no mirarme.

—Debes irte. Debes marcharte y seguir con tu vida. Es lo mejor para los dos. Eres un sacerdote, tú mismo lo has dicho, y no lo vas a dejar de ser.

Apenas puedo respirar al notar una férrea determinación en sus palabras.

—¿Quieres que me marche? —murmuro.

—Sí, lo quiero... lo necesito.

Bajo la vista. En el fondo de mi alma sé que tiene razón.

—Vete...

—Mara...

—Por favor —insiste—. No me lo pongas más difícil. Solo márchate.

Sin volver a mirarla, salgo de su casa y de su vida. Y esta vez es para siempre.

Al llegar a la calle, mi corazón está destrozado, pero mi mente me dice que eso es lo que tenía que pasar.

Me monto en mi coche y arranco el motor.

Mi nueva vida como sacerdote ha vuelto para quedarse para siempre.

Cuando llego a la casa de la sierra, estoy tan roto que apenas me reconozco. Solo una vez me he sentido tan mal conmigo mismo, y no fue cuando acabé con la vida del miserable de mi padre. No, solo cuando fallé a mi madre tenía este desasosiego... Y no soy capaz de entender por qué.

CAPÍTULO 16

MARA

Han pasado seis largos días desde que Bruno desapareció de mi vida para no volver. Mis padres intuyen que me pasa algo, sin embargo, intento disimular todo lo que puedo tanto en el trabajo como en casa.

Solo me he desahogado con mis mejores amigas. Ellas no me juzgan ni me critican. Intentan animarme, pero no hay nada en este momento que pueda hacerlo.

He establecido un patrón que sigo de manera automática: despertar, trabajar, llorar, intentar dormir.

Las noches se hacen eternas. No consigo huir de él ni en sueños.

Mis padres están empezando a mostrarse demasiado encima de mí. Se me están agotando las excusas... La regla, un dolor de cabeza, nervios... Ya no sé qué inventarme.

No quiero hablar, ni con ellos ni con mis amigas, más de lo necesario.

Puedo interactuar de forma impersonal en el trabajo, pero nada más.

Me cuesta mucho comer, y empiezo a notar cómo la ropa me empieza a venir muy desahogada.

Al octavo día, mi madre ya no se puede aguantar más.

—Mara... Nos tienes muy preocupados —dice mientras me mira fijamente—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada... es solo que llevo unos días que no me encuentro bien.

—Pues te voy a pedir hora al doctor Gutiérrez, pero no puedes seguir así.

—De verdad que ya me encuentro mejor —miento.

—Has perdido peso, estás muy pálida y ojerosa... Tal vez tengas anemia...

—De verdad que ya estoy mejor, mamá...no insistas, por favor.

Niega enfadada con la cabeza antes de salir del salón.

—Voy a hablar con tu padre para que te haga entrar en razón.

Solo falta que mi padre me someta a un tercer grado como el buen abogado que es. No, me niego a pasar por eso...

Faltan tres horas para que llegue de Valencia, a donde ha ido por un juicio. He de pensar qué me invento para conseguir que me dejen tranquila con mi dolor.

Tumbada en la cama, pienso... Y no tardo en dar con la solución.

Mis padres tienen una casa en Mallorca. Todos los veranos viajamos allí. Aún faltan varias semanas para que ellos se desplacen allí.

Tal vez podría irme. Estar sola en un lugar en el que no me conoce nadie. Sí, cuanto más lo pienso, más ilusión me hace.

Necesito escapar de aquí. Y Mallorca puede ser el lugar ideal para hacerlo.

Durante la cena lo digo. Me invento un novio ficticio y les digo que me ha dejado.

Respiran aliviados, se pensaban que estaba enferma. Les digo que voy a coger un permiso sin sueldo en el bufete y que me voy a la casa de la playa.

A ambos les parece una buena idea. Me dicen que esté allí el tiempo que necesite. Me abrazan y me besan mientras me recuerdan que yo siempre seré su niña... Y así me siento ahora... Una niña pequeña que necesita mimos y cuidados. Solo que prefiero estar sola. Eso y que quiero escapar de la tentación de ir a verlo a la parroquia, sé dónde es, y muy probablemente acabe por ir a espiarlo.

A los dos días cojo el avión que me lleva a mi destino.

Cuando bajo del avión, el brillante cielo azul del Mediterráneo me recibe.

Sonrío feliz al verme liberada.

El taxi me lleva hasta la dirección de mi casa en la zona norte de la isla.

Voy a pasar página, y lo voy a hacer aquí.

Los primeros días son de toma de contacto.

Salgo a pasear por la playa, voy a comer a un pequeño restaurante cercano y me tumbo en la terraza a leer.

Hablo todos los días con mis padres y mis amigas.

He hecho una amiga desde que llegué. Es la chica que trabaja en la cafetería donde acudo a desayunar tras mis paseos matutinos.

Se llama Elsa y es de mi misma edad.

Por las tardes viene a casa para bañarse en la piscina y para tomar el cálido sol del mes de junio en el que estamos.

Cada día que pasa tenemos más y más complicidad. Y llega un momento en el que me siento preparada para contarle mi historia.

—¿Qué te ha traído a Mallorca, Mara? —me pregunta mientras sorbe por la pajita el rico limón granizado.

—Huyo de alguien que está en Madrid, supongo —me encojo de hombros.

—¿Un hombre?

—Sí, un hombre...

—Lo suponía... ¿Qué te hizo el muy cabrón?

La miro mientras remuevo el hielo de mi limón granizado con la pajita.

—Enamorarme...

—¿Enamorarte? —pregunta, sorprendida.

—Sí, él es un hombre prohibido para mí y para cualquier mujer.

—Ya veo... está casado... La historia de siempre —suspira.

—Sí, está casado... con Dios.

Elsa escupe y tose al oírme.

- ¿Perdonaaaaa? ¿Con Dios? ¿Ese Dios? —dice señalando el cielo.
- El mismo —digo mientras pego otro sorbo.

Se empieza a reír a carcajada limpia.

—No puede ser... ¿En serio? ¿Un cura?

Me contagia su risa y comienzo a reír yo también.

—No, un cura no... EL PADRE, así, en mayúsculas —digo.

—¡Fotos! ¡Necesito ver fotos!

Cojo mi móvil y abro la galería de fotos.

El corazón se me encoge cuando su imagen se abre paso ante mí. Hermoso, perfecto todo él.

Le paso el móvil y empieza a silbar.

—¿Este tío es cura? Debe de ser una broma...

—Ojalá... —digo con resignación.

—Está muy, pero que muy bueno...

—Y no es solo eso —murmuro con tristeza—. Todo él es perfecto.

Me mira y se acerca a abrazarme.

—¿Sabes qué te digo? Que le doy gracias porque, por su culpa, has aterrizado en mi vida.

—Es verdad —sonrío abrazada a ella.

Y de esta manera, junto a una persona que termino de conocer, pero que ya sabe mi oscuro secreto, me desahogo y doy rienda suelta a todos mis sentimientos y temores.

Y cuando me quiero dar cuenta, ya hace más de cinco semanas que estuve a Bruno por última vez.

CAPÍTULO 17

BRUNO

Termino de officiar la Santa Misa y me dirijo a la sacristía. Allí veo cómo Braulio, el sacristán, archiva unos papeles referentes a los bautizos que se van a celebrarse el próximo domingo.

—Son cuatro niñas y dos niños, padre —dice con su voz de fumador empedernido durante más de cincuenta años.

—¿Has encargado las flores? ¿Sabe Antonio que tiene que venir a tocar el órgano?

—Está todo más que solucionado —contesta, tan eficiente como siempre.

—Perfecto... y una cosa más, ya te he dicho mil veces que me llames Bruno.

—No me sale... lo siento, padre —sonríe avergonzado.

Niego mientras lo veo salir.

Me quito las sagradas vestiduras y vuelvo a ser un hombre de menos de treinta años... sin embargo, mi corazón se siente como un anciano.

Salgo de la parroquia. He quedado con Pablo, él es uno de mis mejores amigos desde que nos conocimos en el seminario. Es poco mayor que yo e hicimos muy buenas migas desde el principio.

Llego a la pequeña cafetería cercana al Bernabéu, donde habíamos quedado en vernos.

—Tenía muchas ganas de verte, amigo —me abraza en cuanto llega a la mesa donde lo estaba esperando.

—Y yo... Han sido unas semanas muy difíciles.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta mientras nos sentamos.

—Estoy bien, en lo que concierne al caso, ya está todo solucionado. En lo referente a mí... Estoy hecho polvo.

—¿Hecho polvo? ¿Qué sucede? ¿Tu madre está bien? —pregunta sin comprender.

—Sí, ella está bien, gracias a Dios... soy yo el que no lo está. De pronto siendo que nada tiene sentido.

—Bruno... me estás asustando...

Lo miro y dudo si contarle lo que he hecho. Sé de buena tinta la rabia que siente hacia los sacerdotes que incumplen sus votos.

—Pablo... he pecado y lo he hecho muchas veces, demasiadas —digo en voz baja.

Me mira desconcertado.

—¿Quieres confesarte?

—No, lo que quiero y necesito es desahogarme con un buen amigo.

Asiente mientras pega un trago a su botellín de cerveza.

—Soy todo oídos...

Abro mi corazón a Pablo y se lo cuento todo. Mis actos impuros con Mara. Mis pensamientos, lo mucho que me está costando mantenerme alejado de ella. Lo mucho que echo de menos estar con ella... el sexo con ella. Todo.

Me mira y trata de no parecer escandalizado y decepcionado, pero no lo consigue.

—Bruno —murmura cuando acabo de contarle mi historia—. Muchos sacerdotes han caído en la tentación, no eres el primero. Sabes que es un comportamiento que detesto, sin embargo, es mi deber como sacerdote perdonarte si estás arrepentido.

Lo miro y pestaño entre nervioso y avergonzado.

—Porque estás arrepentido, ¿verdad? —pregunta al ver mi actitud esquiva.

—Ese es el problema, amigo... que no lo estoy ni lo estaré jamás. Podría mentirte a ti, pero no a Dios.

—Entonces hay poco que pueda hacer por ti, amigo. Solo puedo decirte que a ninguno nos han obligado a oficiarnos sacerdotes, si no te ves capacitado para serlo, para ser un buen sacerdote de verdad, déjalo. No puedes ensuciar el nombre de la Iglesia, bastante manchado está ya. ¿No te parece?

Sus palabras se me clavan en el pecho. No puede tener más razón.

—Dime que lo vas a pensar, recapacita, consúltalo con Dios, con la almohada, pero medita bien lo que vas a hacer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, lo haré.

—Yo como amigo siempre estaré a tu lado y respetaré tu decisión, eso como amigo... como sacerdote no puedo aprobar que vayas a tener una doble vida. Lo entiendes, ¿verdad? —el tono de voz es duro y firme.

—Lo entiendo perfectamente.

Nos despedimos con la promesa de volver a vernos muy pronto. Me ha sentado bien desahogarme con él. Desde que no estoy con Mara apenas tengo con quien poder hablar libremente.

Me siento tan jodidamente solo...

Tras un ligero paseo de apenas diez minutos, llego a casa. Soy muy consciente de que soy un pésimo sacerdote, y lo peor de todo es que no creo que pueda cambiarlo.

Los días pasan tan lentos que parece que haya pasado media vida desde la última vez que la vi.

Su recuerdo me persigue, sobre todo en la oscuridad de la noche, en mis sueños. Allí se cuele noche tras noche. Seduciéndome, hechizándome.

Todas las noches temo la hora de irme a la cama.

El poco tiempo que duermo lo hago teniendo sueños eróticos una y otra vez... es desesperante.

Ya son dieciocho días y sus respectivas noches viviendo un infierno. Y lo peor de todo es que no sé cómo escapar de él.

Me meto en la cama, mi confesión me ha liberado, pero también ha sacado a la luz de nuevo mis sentimientos por Mara. Esos sentimientos que me empeño en mantener enterrados en lo más profundo de mí.

Soy una lucha constante entre lo que deseo y lo que debo hacer. Es realmente agotador. Llevo dos horas metido en la cama dándole vueltas a la cabeza. Cierro fuerte los ojos y me obligo a dormir.

Mami me acaricia el pelo mientras me lee un cuento. Estamos tumbados en el sofá mientras lee mi libro de aventuras favorito.

Oigo un tintineo. Son las llaves de él. Ha vuelto.

Papi es malo. Pega y grita a mami. Yo le tengo mucho miedo.

—Vaya... la vaga ya está tumbada —dice cuando entra en el salón—. Si es que te gusta provocarme, ¿verdad, pedazo de gandula?

Se acerca a trompicones y ya sé qué va a pasar.

Bajo del sofá, me meto debajo de la mesa y me tapo los ojos con las manos.

—No, por favor —lloriquea—. Solo le estaba leyendo un cuento para que se durmiera. Ya tienes la cena hecha. No, por favor.

—¿Hecha? ¡Ya sabes cuánto detesto la comida recalentada! ¡Parece que lo hagas para aposta! ¡Parece que te guste sacarme de quicio!

Estoy debajo de la mesa. Temblando mientras tengo los dedos metidos en las orejas, y cierro los ojos muy fuerte.

Un lamento escalofriante me despierta. Estoy empapado en sudor y tengo el corazón desbocado. Me incorporo de golpe en la cama.

Santo Dios.

Otra vez no.

Respiro hondo para tranquilizarme.

Hacía semanas que no tenía pesadillas con mi padre. Justo desde que la conocí.

No soñaba ni con el caso, ni con el padre Anselmo, ni con el alcohólico y maltratador de mi padre. No, mis últimos sueños estaban llenos de lujuria y deseo por una mujer a la que he renunciado tener.

Y esa será mi cruz. Esa será mi penitencia.

Sí, esa será mi condena. Porque la pienso, la huelo, la siento, pero ella no está.

Y sé cuál es mi destino: el infierno.

Echo un vistazo al despertador; son las tres y media de la madrugada. Me dirijo a la cocina y, tras beber un vaso de agua, salgo al balcón.

Necesito respirar aire fresco.

He dejado que se fuera de mi vida.

Tenía que dejarla marchar.

Todos estos pensamientos recurrentes me atormentan.

Miro el móvil para ver la hora que es: las 5:24.

Hora de salir a correr.

Me pongo una camiseta, unos pantalones cortos y salgo a la calle dispuesto a olvidar una noche en la que todos mis fantasmas me han venido a visitar.

Corro rumbo a la Castellana, y lo hago con toda la fuerza que tienen mis piernas.

Corro intentando dejar atrás este dolor, no lo consigo.

Me duele todo por lo poco que he descansado, y la cabeza la tengo a punto de estallar.

Sin embargo, hago como que estoy bien. Que nada de eso importa.

Tengo una misa que preparar, unos bautizos y una boda que organizar. Y no puedo dejarme llevar por mis sentimientos.

Se acabó.

Dolerá, dolerá mucho, pero todo pasará...

CAPÍTULO 18

MARA

Ya ha pasado más de un mes desde que me vine a Mallorca huyendo de él. Un mes en el que no solo no logro olvidarlo, sino que la falta de sexo amenaza con volverme loca.

No es que sea ninfómana ni nada por el estilo, simplemente me había acostumbrado a un sexo como nunca antes había experimentado... Y me he vuelto adicta a él.

Lo echo de menos todo. A él y al sexo que ambos teníamos.

Prácticamente todas las noches me masturbo pensando en él.

Fantaseo con Bruno. Y eso tampoco ayuda a pasar página.

Sí, soy una adicta al sexo con un hombre que es un cura, con un hombre que no puedo tener. Él es lo único que logra excitarme.

Y lo peor de todo... no me veo haciéndolo con nadie más.

Elsa se pasa por casa en cuanto termina su turno en la cafetería.

Abro la puerta y la veo con una caja llena de donuts.

—Vengo con regalos.

—Oh... Muy buenos regalos, la verdad.

Salimos a la terraza. Preparo dos infusiones frías de piña, hierbabuena y té y empezamos a devorar los donuts de diferentes sabores.

—¿Tienes algún plan esta noche? —pregunto mientras mastico con gula.

—Solo una excitante cita con HBO —bromea.

—Vaya... me parece un planazo.

—¿Y tú?

—Yo la tengo con Netflix.

Ambas soltamos una risita.

—Vaya par de viejas prematuras... —suspira entre risas.

—Y que lo digas...

Acabamos los seis donuts y seguimos hablando de nuestras cosas.

Ya es julio y la isla está llena de turistas dispuestos a pasarlo bien.

—Oye... ¿Te apetece que salgamos esta noche? —pregunta de repente—. Mañana entro a las once, no tengo que madrugar.

Dudo durante un segundo...

—Por mí, perfecto —sonríe—. Necesito algo de fiesta, la verdad.

Tres horas más tarde comienzo a arreglarme. Me pongo mi vestido palabra de honor rojo putón y los zapatos de tacón de aguja negro.

Estoy vestida para matar, y así lo hago constar en las redes.
Ya me dijo en su día que me espiaba a través de Internet.
Pues bien, quiero que, si sigue haciéndolo, vea lo que se ha perdido.
Cuando estoy terminando de maquillarme, suena mi móvil.
—Dime, churri —digo al identificar el teléfono de Elsa.
—Joder... Llevo una hora sin poderme levantar del baño —su voz suena fatal—. Putos dónuts, me han sentado fatal.
—¿En serio? ¿No te puedes tomar una manzanilla o algo?
—No me hables de tomar nada, por Dios —balbucea entre arcadas—. Tengo que colgar, lo siento.

Dejo de mala gana el móvil en la mesa. Hace mucho que no salgo de fiesta y me apetece, me apetece mucho realmente.

Es más que eso. Me había hecho a la idea de que hoy iba a ligar. Tal vez sea el primer paso para poder pasar página.

Dudo durante un momento, pero al final decido salir yo sola.

Llego a un garito chic de la zona. Al momento los hombres revolotean a mi alrededor como moscas. Es fácil, facilísimo. Una chica sola en un bar... no necesita más.

Como lobos a la carnaza, notan mi desesperación, notan las ganas que tengo esta noche de no irme sola a casa.

Dejo que uno me invite a un mojito. Y otro... y así hasta cuatro.

Cuando me pregunta si quiero salir de allí, le digo que sí, sin pensar la respuesta.

Salimos y vamos andando hasta un hotel cercano donde está alojado con unos amigos.

Es treintañero y no está nada mal.

Rubio y de unos bonitos ojos gris azulado, me cuenta que es de Burgos.

No es particularmente alto, pero tiene buen cuerpo. Es ingeniero, me cuenta mientras atravesamos el *hall* del hotel.

Cierro los ojos mientras sigue hablando. Me da igual quién sea o a qué se dedique. Solo quiero que me folle, que llene este vacío que siento en mi interior. Que borre todo rastro de Bruno. Que lo saque a la fuerza de mi organismo.

Cuando entramos en la habitación, comienza a besarme. Noto el sabor de la cerveza en su boca.

Me aprieta contra él y explora mi cuerpo con sus manos... de repente, no puedo soportarlo.

—Para. —lo empujo tan fuerte como puedo.

—Pero... ¿Qué coño?

—Lo siento —digo mientras me recoloco el vestido—. No eres tú, soy yo.

Y sin que le dé tiempo a contestar, salgo corriendo de la habitación.

Paro un taxi y vuelvo a casa medio borracha y completamente destrozada.

No voy a poder superarlo.

No soporto que me toque otro hombre ni borracha.

Y así, llena de rabia, me tiro en la cama dando rienda suelta a mi dolor, mientras las lágrimas brotan sin control.

CAPÍTULO 19

BRUNO

Me reclino en el sillón de la sacristía y contemplo el cuadro de la Virgen de las Nieves que hay en la pared de enfrente.

Son fechas en las que hay mucho trabajo con las bodas y los bautizos, pero no logro concentrarme.

Cada vez que cierro los ojos, es su preciosa cara lo que viene a mi mente.

Hace más de un mes que se ha ido de mi vida, pero parece que haya sido ayer.

Todavía puedo sentir su perfume en mi ropa.

¿Cuánto durará esto?

Ya había tenido alguna novia, y sexo, mucho sexo con diferentes mujeres, pero nunca lo había echado de menos hasta ahora.

Pero con ella es diferente. Ese es el problema.

Todas las noches reviso sus redes sociales y me mortifico con las fotografías que sube.

Pero ahora ya no es asunto mío, ella ya no es mía...

Puede salir a ligar, acostarse con quien quiera. Puede enamorarse y casarse cuando lo haga y tener un par de críos.

Sí, ella se merece seguir con su vida. Una vida en la que yo no puedo estar.

Mi móvil suena sacándome de mi ensoñación. Miro la pantalla y veo que es Víctor, un antiguo compañero de la facultad.

Durante un rato charlo con él y quedamos en vernos el domingo por la tarde para tomar unas cervezas.

Creo que me vendrá bien para despejarme y relajarme un poco.

Cuando cuelgo, sigo revisando la documentación de las dos bodas que hay el sábado y los bautizos del domingo por la mañana.

Cuando me quiero dar cuenta, ya son más de las ocho de la tarde.

Cierro la sacristía y salgo cerrando todas las puertas de la parroquia.

Llego a casa y llamo a mi madre como cada día noche antes de cenar.

Tengo poco que contar, pero ella necesita mi llamada diaria para estar tranquila.

Durante horas contemplo el techo de mi habitación.

Es imposible dormir más de cuatro horas. Me levanto de la cama al darme cuenta que no tiene sentido seguir tumbado, son las seis y media de la madrugada, pero llevo despierto desde las cuatro.

Me visto dispuesto a salir a correr, de mala gana, me pongo el pantalón corto, la camiseta de tirantes y unas deportivas.

Cojo aire con fuerza al salir del portal. Tengo el cerebro muerto de agotamiento. Intento seguir haciendo mi vida igual que antes, pero es difícil hacerlo al estar tan cansado.

Tras más de una hora corriendo, vuelvo a casa. Me ducho y me visto. Salgo a la cocina y me preparo un café con leche, nada más, mi apetito ya no es el mismo.

Como el buen masoquista que soy, busco de nuevo en Google su cuenta de Facebook.

Veo que ha publicado a las tres de la madrugada una foto con un tío. Él la abraza por detrás mientras sonríen a cámara. Ambos parecen bebidos.

Se me llena la boca de bilis.

La idea de que esté con otro me revuelve por dentro, por mucho que quiera asumirlo. Unas manos grandes acariciando su piel, y una boca besando sus preciosos labios. Sus piernas abriéndose para que otro la tomara en la cama. Esas imágenes me atormentan.

Pero no tengo ningún derecho a sentirme así.

Ella ya no es mía. Y yo nunca he sido suyo.

De mala gana, termino el café con leche y salgo dispuesto a preparar la boda de las doce del mediodía.

Cuando llega el domingo por la tarde, solo tengo ganas de desconectar con un buen amigo, un amigo ajeno a la Iglesia y con el que me puedo sincerar.

—Joder, me dejas de piedra, tío —dice en cuanto acabo de contarle mi historia.

—Lo sé, soy un cura de mierda —murmuro.

—Y yo que quería que nos casaras a mi novia y a mí.

—¿En serio? Nada me haría más ilusión que casar a un buen amigo.

Lo veo mirarme fijamente.

—Bruno, nos queremos casar la primavera del año que viene, y, querido amigo, mucho me temo que tú para entonces ya no serás párroco.

Lo miro con estupefacción.

—Pero qué tontería más grande estás diciendo —niego al hablar.

—No estoy diciendo ninguna tontería, amigo —me mira muy serio—. Tú estás enamorado, enamorado de verdad, tú vas a renunciar a seguir siendo cura, y vas a ir a recuperarla. Eso es lo que debes hacer.

—Te has vuelto loco —me río.

—No, no lo estoy... Solo dime una cosa. ¿Te ves siendo así de infeliz el resto de tu vida?

Pienso muy bien la respuesta antes de hablar.

—Se me pasará... supongo —me encojo de hombros.

—No, no lo hará. La pena y la rabia por haber perdido al amor de tu vida te consumirá y te convertirás en un cura viejo y huraño lleno de despecho. No creo que quieras convertirte en eso, la verdad.

Sus palabras se meten en mi mente y no puedo dejar de pensar en ello cuando nos despedimos.
¿Es eso lo que me ocurrirá? ¿No lograré superarlo nunca? ¿Acabará mis días como un viejo amargado y solo?

El resto de día medito y pienso muy bien lo que voy a hacer con mi vida. Lo que de verdad quiero, no lo que debo ser y hacer.

Me meto en la cama pasadas las doce la noche.
Las palabras de Víctor siguen resonando en mi cabeza sin parar.

Tras una noche en la que no consigo dormir ni una hora, soy consciente de lo que debo hacer: voy a abandonar mis votos. Voy a dejar de ser sacerdote. Voy a pensar en mí por primera vez en mi vida.

Voy a recuperar a la mujer de la que estoy loca y perdidamente enamorado.

CAPÍTULO 20

MARA

Una buena resaca, eso es lo que me espera por mi comportamiento de ayer.

Hago una mueca al sentir un fuerte pinchazo en la cabeza.

Abro los ojos, y por un momento no recuerdo lo que pasó ayer. Mi ofuscado cerebro se esfuerza por recordar.

Poco a poco empiezan a torturarme imágenes fragmentadas de la noche. La borrachera —oh, no, la borrachera—, el tonteo con un desconocido —oh, no, el tonteo—, la espantada que tuve —oh, no, la espantada—, la rabia y la vergüenza acuden a mí.

No pude acostarme con un desconocido, del cual ya no recuerdo ni su nombre, ni su cara.

Me levanto de mala gana y me dirijo a la cocina. Abro el armario de las medicinas y saco un ibuprofeno.

Oigo el timbre y, a paso de tortuga, voy a abrir la puerta.

—Buenos días —Elsa entra tras darme un beso en la frente—. ¿Qué tal anoche, perra?

—Ya veo que te has recuperado —digo, cerrando la puerta de mala gana—. ¿No trabajas?

—Juanjo me ha cambiado el turno, entro a las cuatro.

—Ya veo...

—¿Y bien? —pregunta, tras sentarse en uno de los sillones mimbre de la terraza.

—Fue un completo y total desastre...

—No jodas, ¿y eso?

—No pude acostarme con uno que, para más inri, no estaba nada mal. Mira que lo intenté, pero me va a ser imposible pasar página.

Me mira alzando una ceja.

—Eso no te lo crees ni tú —dice con seguridad—. Hoy y mañana no, porque con el turno que tengo es un fastidio, pero el martes nos vamos a salir... tú, yo y varios amigos. De fiesta. De desfase. Sin control...

—En estos momentos no puedo pensar ni en alcohol ni en fiestas, la verdad —digo, haciendo una mueca.

—Eso es hoy por la resaca, en dos días estás nueva, churri.

—Ya veremos...

—No, ya veremos dijo un ciego y nunca vio... El martes, de fiesta.

Mira el reloj y dice que tiene que marcharse.

—Descansa hoy y mañana. Come bien, duerme... Ya sabes, cuida el *body*, querida —dice, esbozando una sonrisa burlona.

—Valeeeeeeee.

Tras darme cuatro besos y achuchones, se marcha.

Decido hacerle caso.

Me preparo un zumo de naranja natural. Está fresco y me hidrata.

Vuelvo a mi habitación. Me pongo un bikini y salgo a la piscina.

El agua fría me refresca y espabila.

Y así, haciendo caso a una amiga que, pese a estar medio loca, sabe muy bien lo que necesito en estos momentos, empiezo un nuevo día.

Tras dos días en los que solo descanso, como y duermo, estoy más que recuperada para comerme la noche mallorquina.

Ambas nos vestimos de manera sugerente, dispuestas a ligar. Estamos impresionantes.

Cogemos un taxi que nos lleva al Petit Palace, uno de los garitos más exclusivos de la zona.

El ambiente es increíble, está a tope y la gente parece pasarlo bien.

En la barra, una camarera de pelo rubio y corto nos pregunta qué nos apetece beber.

—Dos margaritas —digo en voz alta, para que pueda oírme a través de la música.

Se da media vuelta sobre sus altos tacones y se acerca a la estantería a buscar las botellas que necesita para prepararlos.

Doy un vistazo por el garito y me doy cuenta de que todos parecen tener mi misma edad. Me gusta el ambiente.

Bebo un largo trago a la copa y lo saboreo... está buenísimo.

De pronto, Elsa capta mi atención.

—Ven, ahí están mis amigos —dice, tirando de mi brazo.

Nos dirigimos hacia ellos con la intención de presentármelos.

De cerca son muy guapos. Los tres. Deben de ser de nuestra edad.

Me los presenta y decidimos ir a bailar. Pedimos otra copa y me la bebo de trago... Quiero entonarme rápido.

De pronto veo cómo Elsa coge el vaso de uno de ellos, de Ximo, el vaso está vacío, y saca el cubito que queda sin derretirse. Se lo mete en la boca y se dirige hasta Hugo para ponerlo en su boca. Él sonríe y lo acepta encantado. Vuelve su vista a mí y, tras cogerme por la cintura, deposita el cubito ahora en mi boca.

—¿A cuál eliges tú? —grita Elsa a través de la música.

Los miro a los tres, sin saber qué decir o qué hacer, no estoy segura de por quién decantarme. Doy dos pasos acercándome a ellos, que me sonríen esperando ser escogidos, pero alguien me toma del brazo por detrás antes de que me decida.

—Me elige a mí —me giro y es a Bruno a quien tengo delante de mí.

Tan guapo, perfecto y majestuoso como lo recordaba. Y no es un sueño. Lo tengo delante de mí. Aquí. En Mallorca.

—Bruno... —logro decir.

—Mara, me moría por verte.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando me repongo de la impresión.

—He venido a buscarte...

Me despido de Elsa, que sigue con la boca abierta tras ver a Bruno, y salimos del local. Veinte

minutos más tarde, el taxi nos deja en la puerta de mi casa.

—¿Y bien? —pregunto en cuanto bajamos del taxi.

—Vamos dentro, no creo que pueda contenerme más.

Una simple frase es suficiente para calentarme más de lo que lo han hecho cualquiera de los que lo habían intentado.

Ese es el efecto que tiene en mí.

Ese es su poder.

Lo miro cuando lo veo acercarse a mí. Cuando está a solo dos pasos, mi estómago da un vuelco. Solo puedo percibir su perfume, su hombría, la contundencia de su cuerpo a un palmo de mí.

Sus dedos agarran mi cuello por detrás. Sus manos son tan grandes que lo pueden rodear sin problema. Todo mi cuerpo se despierta. Su otra mano en mi cintura hace que mis piernas se conviertan en gelatina.

Su respiración roza mi nariz y mi boca.

Se inclina hacia mí sin apartar sus ojos de los míos. Él es mucho más alto que yo, incluso con tacones, acerca sus labios a los míos, apenas los roza.

—Quiero follarte.

La saliva que pretendía tragar se queda atrancada en mi boca ante sus palabras.

—Una y otra vez, sin parar —añade—. Y hacerlo día tras día... el resto de mi vida.

Sus palabras me encienden como solo él sabe hacerlo.

—Y yo quiero que lo hagas.

Su dedo pulgar acaricia mi labio inferior y después lo mete en mi boca. Se lo chupo. Su piel sabe de fábula.

Quiero a este hombre, y lo quiero dentro de mí.

De pronto, me coge en brazos y me lleva hasta el amplio sofá del salón.

Me quita de un solo movimiento el vestido y me tumba.

Lo veo desnudarse. Ese cuerpo debería estar prohibido.

Se tumba sobre mí, despacio, mientras baja la cabeza hasta llegar a mis piernas. Comienza a besarlas, a acariciarlas, poco a poco.

Yo ya estoy a punto de volverme loca.

—Fóllame ya... —suplico.

De un empujón, entra en mí, cada vez más y más profundo, moviendo sus caderas en círculos.

El placer que siento con él no lo había sentido nunca. Con nadie, ni siquiera masturbándome.

Empuja una vez más y otra. Se mueve dentro de mí, haciéndome sentir cada centímetro de mi interior mientras mi cuerpo se aferra al suyo.

Los movimientos se tornan frenéticos. Los dos jadeamos y gritamos cuando un increíble orgasmo nos atrapa.

Todavía con su pene dentro de mí, Bruno se deja caer a mi lado.

—Y bien... ¿Me vas a decir qué haces aquí de una vez? —la incertidumbre se abre paso en mi mente de nuevo, necesito que me lo diga.

—Se acabó —dice mientras besa mi cuello—. Ya no soy sacerdote. He renunciado por ti.

Lo miro con la boca abierta, sin dar crédito a sus palabras.

—¿Has renunciado? ¿Y lo has hecho por mí? —apenas puedo disimular el asombro.

—Sí, lo he hecho —me abraza con fuerza—. Solo contigo puedo ser feliz.

Se inclina y me besa con ternura, con amor.

—Entonces... ¿Eso significa que tú también me quieres? —pregunto con timidez.

—Sí, te quiero.

Trago saliva, y siento crecer un nudo en mi garganta. Tal vez los cuentos de hadas existan...

—Estas últimas semanas han sido las peores de mi vida, un dolor inaguantable. Más incluso que con la muerte de mi padre y el asesinato del padre Anselmo —dice en voz baja—. Cuando te marchaste, mi vida se convirtió en un infierno.

Sus palabras logran revivir mi herido corazón.

—¿De verdad lo quieres intentar? —le pregunto.

—Es lo único que quiero en el mundo.

Me abraza y me estrecha contra su pecho.

Y así, de esa manera, empieza de nuevo nuestra historia. ¿Saldrá bien? Es lo único que deseo con toda el alma.

CAPÍTULO 21

BRUNO

Lo quiere intentar. De verdad. Conmigo. Con un hombre que la ha hecho sufrir. Un hombre que la rechazó. Si eso no es amor...

Durante más de una hora permanecemos abrazados. Hablando. Ella me cuenta su vida en Mallorca y yo le cuento todo el papeleo que tengo que hacer para la renuncia. Es burocracia larga y costosa. Llevará tiempo.

Hablamos de los planes que tenemos para cuando regresemos a Madrid. Tengo mi titulación y me gustaría trabajar en algo relacionado con las finanzas.

—¿Entonces somos novios? —susurra, incrédula—. ¿Ya es oficial?

Yo asiento, tan emocionado como ella.

—Lo somos —digo.

La abrazo con fuerza y siento cómo ella se aferra a mis brazos. La beso apasionadamente, cogiendo su pequeña cara con ambas manos.

—Oh, Mara —musito con mi boca pegada a la suya—. Pensé que te había perdido, pensé que no me querrías volver a ver.

El alivio que siento es palpable.

—Pensé que ya habrías conocido a otro... solo pensarlo me estaba volviendo loco.

—Nunca, jamás, con nadie, podría sentir lo que siento por ti —me dice—. No lo olvides nunca.

—No lo haré —murmuro, todavía abrumado por sus palabras.

El calor sofocante y húmedo del Mediterráneo nos tiene a ambos sudados.

—¿Nos duchamos juntos? —pregunta, divertida.

—Hecho... te quiero limpia para volverte a ensuciar —declaro, triunfante.

Abro el grifo al máximo. El agua helada cae sobre su trasero, y chilla y ríe divertida.

—¡Está helada! —dice, mientras me da un cachete en el culo.

—Tranquila... en breve vas a tener calor.

Acerco mi boca a la suya. Es un beso suave, tierno. Ya no sentimos frío. Solo pasión y deseo el uno por el otro.

Estamos los dos solos, juntos. La vuelvo a tener en mi vida.

Su mirada se vuelve carnal, lujuriosa.

—Te debo muchos orgasmos —murmuro.

—Y me los voy a cobrar —dice, con voz sexi.

Mis manos se deslizan por su cuerpo, húmedo y resbaladizo, hasta llegar a su sexo. Mis dedos la

exploran, y mi implacable boca la deja sin aliento una vez más. Subo una mano hasta su cabello mojado para sujetarle la cabeza. Mis dedos siguen moviéndose en su interior.

—¡Ah! —jadea junto a mi boca.

—Sí —susurro, deslizo las manos hasta su trasero y la levanto—. Rodéame con las piernas.

Sus piernas obedecen, y se aferra a mi cuello. La sostengo contra la pared de la ducha.

—Abre los ojos —murmuro—. Quiero mirarte.

Me mira parpadeante. Entonces y muy despacio, me deslizo dentro de ella, y empujo hasta fundirnos en un o.

Una vez dentro de ella, la felicidad que siento hace que tema morir de deseo.

—Eres mía —susurro—. Y yo soy tuyo.

Sonríe con timidez.

—Lo soy. Lo eres.

—Y ahora podemos contárselo a todo el mundo —añado, victorioso.

—Sí, podemos —añade.

Saboreo la sensación exquisita que su cuerpo y sus palabras me producen.

Podría haberla perdido... y la quiero... la quiero tanto. Me pasaré el resto de mi vida queriendo a esta mujer. Ahora lo sé.

Ambos alcanzamos el clímax a la vez. Con la cara hundida en su cuello, me derrumbo en el suelo.

—Tengo los dedos arrugados —dice, saciada de un sexo increíble.

Los acerco a mi boca y los beso, uno a uno.

—Deberíamos salir de la ducha.

—Yo estoy muy a gusto aquí —bromeo.

Reposa sentada entre mis piernas mientras la abrazo con fuerza.

Han pasado tantas cosas en los últimos meses que apenas puedo creerlo.

No quiero pensar más en ello. La vida me ha dado una nueva oportunidad. La vida y Dios. Él siempre estará presente en mi vida. Tal vez esta haya sido su manera de hacer entrar a Mara en mi vida. Ya se sabe que los caminos del Señor son inescrutables.

Sí, tal vez Dios y el destino habían puesto innumerables piedras en el camino para, ahora, saber al fin cuál era mi camino a seguir.

Y todos los caminos me llevan a ella.

CAPÍTULO 22

MARA

Me despierto, tengo demasiado calor y estoy abrazada a Bruno, desnudo en mi cama. No lo puedo creer... Me ha cambiado la vida tanto en apenas unas horas.

La débil luz de la mañana se filtra por las cortinas. Tengo la cabeza apoyada en su pecho, una pierna entrelazada con la suya y un brazo sobre su vientre.

Levanto un poco la cabeza, temerosa de despertarle. Parece tan joven y duerme tan relajado, tan absolutamente perfecto... No puedo creer que este hombre sea mío, todo mío.

—Hola —dice, adormilado.

—Hola —digo con una sonrisita en la boca.

Deslizo los dedos siguiendo hacia su vello púbico. Él me atrapa la mano, entorna los ojos y luego sonrío con su deslumbrante sonrisa.

—¿Te has levantado juguetona? —pregunta, pícaro.

—Contigo siempre lo estoy...

De pronto se coloca encima de mí, apoyando mi espalda contra el colchón.

—¿Sexo o desayuno? —pregunta.

—Sin dudar ni un momento... sexo.

Clava su erección en mí, mientras sonrío con picardía.

—Buena elección.

Bruno ya lleva tres días conmigo. Tres días en los que no puedo ser más feliz. Mi mente sigue pensando la manera de contárselo a mis padres, a mi abuelo... Espero que lo entiendan, si no lo hacen, espero que no me hagan elegir. No lo dudaría ni un segundo.

Salgo del baño y veo que Bruno está al teléfono.

—No sabes lo que te lo agradezco. No te vas a arrepentir, amigo —dice, claramente emocionado. Se vuelve hacia mí y me sonrío satisfecho—. Allí estaré. Nos vemos el lunes. Millones de gracias, de verdad. Te debo una.

Sus ojos encienden mis entrañas cuando se acerca sigiloso a mí.

—Era un antiguo compañero de la facultad. Su empresa necesita un gestor comercial y han pensado en mí. El sueldo es realmente bueno. El lunes tengo una entrevista.

—¿En Madrid? —pregunto, contenta por él.

—Sí, la empresa tiene la sede principal en Madrid, pero tiene varias subdelegaciones en otras ciudades.

—¡Cuánto me alegro por ti! ¡Es una noticia fantástica!

Lo abrazo emocionada.

—No puedo creer lo bien que me está saliendo todo de repente...

—Eso es porque te lo mereces.

—No estoy tan seguro...

—Sí, te lo mereces, eres el mejor y más íntegro hombre que conozco.

Me sonrío con timidez ante mis palabras.

—Debería volver mañana a Madrid. Voy a mirar vuelos.

—Me voy contigo —digo tras pensarlo un momento—. Quiero volver a Madrid y hacer oficial lo nuestro.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Sí, lo estoy. Necesito contárselo a todo el mundo.

—Yo también. Necesito contarle al mundo entero que eres mía.

Me sonrío con malicia y me atrae con fuerza hacia él.

—Bien, señorita Quiroga, esta es nuestra última noche en la isla. ¿Qué quiere hacer?

—Se me ocurren muchas cosas, pero lo primero es salir a tomar algo con mi amiga Elsa para despedirme de ella, luego ya veremos...

—¿Salir de fiesta? —pregunta, con desgana.

—Solo un rato, lo prometo.

—Está bien —dice con resignación—. Solo un rato.

Zep es el garito más exclusivo de todo Mallorca, o eso dice Elsa.

—Bienvenidos —dice uno de los tipos de seguridad que hay en la puerta de entrada.

Una vez dentro el ambiente es increíble, la gente realmente parece pasarlo muy bien.

—¿Qué vais a tomar? —una camarera pelirroja y con un cuerpazo de revista nos pregunta, mientras mira con descaro a mi novio.

—¿Chicas? —pregunta Bruno.

—Dos mojitos —respondo mientras lo agarro con fuerza del brazo.

—Que sean tres mojitos —dice a *miss* pelirroja-miro-con-descaro.

Cogemos nuestras copas y nos dirigimos a uno de los reservados.

Las luces son tenues, las paredes negras y blancas y los sofás rojos... Es un local realmente bonito.

Nos sentamos en uno de los sofás mientras conversamos alegremente. Elsa es una cotorra que no para de hablar.

Al acabar nuestro mojito, decidimos pedir otro.

—Enseguida os los llevan al reservado —dice esta vez un camarero alto y rubio.

Seguimos conversando entre risas. Elsa ya no se ha podido aguantar y ha empezado un interrogatorio a Bruno.

—¿Habéis pedido tres mojitos? —otra camarera, esta vez rubia platino, nos pregunta con una amplia sonrisa que, dicho sea de paso, solo dedica a Bruno.

Niego con la cabeza, resignada. Es mío, guapa.

—¿Qué sucede? —me pregunta Bruno al ver mi cara.

—Menos mal que eras cura... —digo burlescamente.

—¿Por? —intenta ocultar su sonrisa, pero no lo consigue.

—Es realmente agotador ver la reacción de las mujeres al verte.

Sonríe.

—¿Estás celosa?

—Ni lo más mínimo —le digo con un mohín—. Al fin y al cabo, eres mío.

Bruno me coge de la mano y me da un beso en los nudillos.

—No tienes que estar celosa —me susurra cerca de la oreja—. Soy tuyo hasta la eternidad.

—Lo sé.

—Bien, me alegra escucharlo.

—¡A ver, tortolitos! Que yo he venido a bailar —Elsa nos saca de nuestra burbuja.

—¿Vienes? —le pregunto.

—Prefiero verte desde aquí.

Le doy un suave beso antes de salir a la pista con Elsa.

La música retumba por todas partes. La pista no está muy llena, así que tenemos un poco de espacio.

—¡Estoy tan feliz por ti! —grita por encima de la música y empieza a bailar.

Vuelvo la vista al reservado; Bruno me está observando fijamente.

No sé si es el alcohol, la felicidad que siento, el deseo por él, pero empiezo a moverme de forma sugerente, solo para él.

—Hola, guapas —unos tipos que, por su acento, diría que son alemanes, se han puesto a bailar delante de nosotras.

—No buscamos compañía, largo —dice Elsa con diplomacia cero.

—Venga, lo podemos pasar muy bien.

—Creo que no quieren vuestra compañía —Bruno aparece a mi lado—. Largo los dos de aquí.

Ambos se van sin decir nada más. Bruno mira al sitio donde se han ido. No parece cómodo.

—Baila conmigo —susurro en su oído.

—Ya sabes que no me gusta bailar.

Empiezo a moverme contra su cuerpo y a dar vueltas a su alrededor.

—Por favorrrrrrrrr.

Niega con la cabeza divertido.

—¿Quieres bailar? Vamos a bailar.

Sus manos agarran las mías justo sobre mi culo.

Bruno sabe bailar, vaya, eso sí es una sorpresa. Me mantiene cerca sin soltarme. Voy subiendo las manos por sus brazos hasta los hombros, sintiendo los músculos fuertes a través de su camiseta. Me aprieta contra él y yo sigo sus movimientos cuando empieza a bailar conmigo de forma lenta y sensual.

Bailar con él es maravilloso, como todo lo demás.

—¿Podemos sentarnos ya? —pregunta fingiendo estar agotado.

—Claro —salimos de la pista mientras Elsa conversa con unos conocidos.

Elsa vuelve al reservado, y el pequeño incidente queda totalmente olvidado.

—Despierta, Mara —Bruno me está sacudiendo con suavidad—. Ya hemos llegado.

El taxi que nos ha traído de vuelta a casa tras dejar a Elsa se para junto a mi puerta.

—¿Muy cansada? —pregunta una vez dentro.

—Un poco...

—¿Te desvisto?

—Mmmmm, por mí, encantada —digo tras tirarme vestida en la cama.

Con mimo y cuidado me quita la ropa y los zapatos.

—Métete en la cama y descansa, salgo un rato al jardín —dice tapándome con la sábana.

—Ven conmigo.

—Si me meto en la cama contigo, no vas a poder dormir —me besa en la frente—. Duerme.

Sale por la puerta.

Las imágenes de los últimos días junto a él pasan a toda velocidad por mi mente: Bruno en la disco el día que vino a buscarme. Su temor por perderme. Haciendo el amor a cada hora. Su reacción esta noche ante esos tipos.

¿Quién lo habría pensado? Sonríe de oreja a oreja.

Y mañana por la tarde, bueno, más bien dentro de unas horas, volamos juntos a Madrid.

Allí va a empezar nuestra vida juntos de verdad.

Y yo solo pido que la vida no nos lo ponga difícil. Ambos merecemos ser felices, y solo lo podemos ser si estamos juntos.

Solo juntos...

CAPÍTULO 23

BRUNO

Estamos sentados en el avión. Mara se recuesta en mi hombro mientras me coge de la mano.

—¿Nerviosa? —le pregunto al verla pensativa.

—Más que nerviosa, ansiosa...

Me dedica una de sus preciosas sonrisas, esas que tanto poder tienen en mí.

—Todo va a salir bien —le beso en la cabeza.

—Lo sé.

Cuando aterrizamos en Madrid, un taxi nos lleva a cada uno rumbo a su domicilio. Yo debo ir a casa de mi madre, y ella se va a la suya.

Ambos tenemos que hablar con ellos, y lo hemos de hacer solos.

Mi madre es todo alegría y felicidad cuando se lo cuento. Le hablo de la existencia de Mara. Del contrato de trabajo en la multinacional. De lo feliz y dichoso que me siento por primera vez en mi vida. De lo importante que es para mí su bendición.

Y ella me la da, como siempre...

Un enigmático mensaje de Mara me cita en su casa esta noche para cenar. Sus padres me quieren invitar a cenar... O eso es lo que me dice.

Quedamos en vernos a las ocho y media en su casa.

Me ducho y me arreglo con esmero. Quiero estar bien presentable para la ocasión.

Cuando el portero anuncia mi llegada, el corazón comienza a latir desbocado. Ha llegado la hora de la verdad.

Mara abre la puerta. Sus padres están en la puerta del salón. Observándome muy serios...

—Hola, Bruno —me saluda con un discreto beso en la mejilla—. Pasa, estaba deseando que llegaras.

Miro a su padre, que clava en mí sus penetrantes ojos azules. Su madre se muestra seria, pero intenta disimularlo más.

—Señor Eguía... —dice en tono serio—. He de ser sincero, nunca imaginé el verlo aquí, en mi casa.

—Papá...

—Tranquila, Mara. Tu padre tiene toda la razón del mundo.

—Señor y señora Quiroga, de verdad es un placer estar en su casa. Y vengo dispuesto a darles todas las explicaciones del mundo. Soy consciente de que se las debo.

Ambos se miran entre sí, y luego me miran a mí.

—Señor Eguía —me saluda con dos besos fríos, pero cordiales su madre—. Pase, vamos a cenar y luego hablaremos de todo, pero antes, cenemos, no sea que se enfríe.

La cena transcurre en silencio. Los cuatro estamos visiblemente incómodos. No tiene pinta de que me lo vayan a poner fácil ninguno de los dos.

Cuando nos terminamos el café después de cenar, el señor Quiroga me hace pasar a su despacho. Quiere hablar conmigo a solas.

Mara me mira y yo le dedico una mirada tranquilizadora. Sé lo que voy a decirle. Sé lo que debo hacer.

—Señor Quiroga. Sé lo que parece. Pero yo quiero a su hija. La quiero como no puede llegar ni a imaginar.

Él arquea una ceja. Creo que parece impresionado.

—Debo decir que, cuando Mara nos ha contado todo lo que ha pasado, he pensado que era usted un crápula. Alguien sin palabra ni convicción, dispuesto a todo para seducir a una jovencita sin mucha experiencia.

—Seguro que esa es la imagen que doy, señor Quiroga. Pero no solo no soy así, sino que detesto a cualquiera que lo sea, tanto como pueda hacerlo usted.

—Soy todo oídos para que me haga cambiar de opinión.

Respiro hondo antes de empezar a hablar, antes de abrir mi corazón a una persona que apenas conozco, pero alguien a quien deberé tener muy presente en mi vida a partir de ahora. Mi futuro suegro.

Durante más de media hora me abro a él. Le cuento todo por lo que he pasado. Todo lo que he hecho en mi vida. Bueno y malo...

Veó cómo su rostro se va relajando poco a poco. Le hablo de mis sentimientos por su hija. De mi desesperación cuando tuve que renunciar a ella. De mi fe en Dios... Todo.

Cuando salgo de su despacho, su mujer se mete para hablar con él. Me temo que va a interrogarlo sobre mí.

—Hola —dice Mara con cautela cuando nos encontramos en el pasillo.

—Hola —contesto con idéntico tono.

—Estaba preocupada...

—Lo sé... —digo mientras la abrazo—. Tranquila, creo que ha ido todo bien.

La cojo de la mano y la atraigo a mí, y ella se deja caer en mis brazos.

—Lamento que la acogida no haya sido la esperada.

—Para nada —río por lo bajito—. Para ser sincero, ha ido mejor de lo que esperaba.

Sube la vista hacia mí y sus labios dibujan una sonrisa de disculpa.

—De verás que lo lamento...

Llegamos al salón y nos sentamos en el sofá.

—Parece mentira... —digo en voz baja.

—¿El qué? —pregunta sin comprender.

—A lo que hemos llegado... Quién lo hubiera dicho la primera noche que pasemos juntos en la casa de la sierra.

—¿La noche en la que te masturbaste? —ríe divertida.

—Estuve toda la noche despierto pensando en ti —murmuro—. Puede que ya te amara entonces.

Me inclino y la beso con dulzura.

—Yo ya te amaba sin duda —susurra en mi boca.

Oímos pasos que se acercan. Sus padres están volviendo al salón.

—Bueno... Como buenos abogados, creemos en las segundas oportunidades. Así que, tenéis nuestra bendición para que comencéis vuestra relación. Nunca hemos visto tan feliz a Mara como ahora. Y es su felicidad todo lo que nos importa —dice su padre.

—Bienvenido a la familia, Bruno —me abraza su madre.

Sus palabras se abren paso en mi pecho lleno de alegría. Mara y yo juntos, oficialmente. Nos dan su bendición para formalizar nuestra relación. Y yo me siento el hombre más feliz del mundo.

—Voy a hacer a su hija la mujer más feliz del mundo —les digo.

—Eso esperamos.

—Muchas gracias, señor, señora Quiroga...

—Por favor, Bruno. Tutéanos. Berta y Luís.

Y así, con esas simples palabras, me hacen ver que es aquí donde siempre quise estar. Este es mi sitio. Junto a ella. Y no les voy a decepcionar jamás.

El lunes a primera hora me dirijo a Alver Grupo financiero, esa va a ser mi empresa desde hoy. Los nervios apenas me han dejado dormir. Estoy deseando de incorporarme ya.

Una vez llego a las oficinas de Alver, las mujeres con las que me cruzo en mi camino me miran con curiosidad y deseo. No saben quién soy, pero se mueren por saberlo.

Subo a la sala de reuniones donde me esperan para firmar el contrato.

—Bienvenido a Alver Madrid, Bruno —me estrecha la mano uno de los directivos llamado Alfonso Monterrey.

—No saben cómo les agradezco esta oportunidad, no les voy a decepcionar.

En cuanto salgo del moderno edificio, llamo a Mara.

—Empiezo mañana a las ocho —le digo—. Es un sueño hecho realidad, trabajar de lo que había estudiado.

—¡Enhorabuena, te lo mereces! —dice tan contenta como lo estoy yo.

—¿Nos vemos a la noche? —le pregunto deseando verla.

—Saldré del bufete sobre las siete, podemos quedar para ir a tomar algo.

—Perfecto, te recojo a la salida del bufete.

Apoyado en la pared del edificio donde se haya el bufete, espero paciente a que salga. A las siete y cinco la veo salir por la puerta. Tan perfecta como siempre.

—Hola —dice en cuanto me alcanza.

—Hola, preciosa —digo—. ¿Qué tal tu día?

—Ahora ha mejorado.

La atraigo con fuerza mientras devoro su boca.

—¿Lo sientes? —musito lleno de deseo.

—Sí, lo siento.

—¿Dónde vamos? —pregunto con mi boca pegada en su cuello.

—Mis padres están en Granada, un tío de mi padre está ingresado en el hospital, y han ido a visitarle.

—¿Entonces?

—Vamos a mi casa.

Una vez en montados en el ascensor, el deseo estalla en mi cuerpo.

—Llevas medias —mascullo con asombro al acariciar la piel por encima de la línea de la media—. Esto tengo que verlo —suspiro, tiro de su falda y dejo al descubierto la parte superior de los muslos.

Doy un paso atrás y aprieto el botón de *stop*. El ascensor se detiene poco a poco entre el piso tres y cuatro.

—Desabróchate los dos botones de arriba de la blusa —murmuro con los ojos muy abiertos.

Alarga una mano y hace lo que le pido.

Trago saliva.

—¿Tienes una idea de lo que te deseo ahora mismo?

—No...

—Ya lo creo que sí. Yo creo que te gusta volverme loco.

—¿Yo te vuelvo loco?

—En todos los sentidos...

—Bruno...

—Y te voy a tomar, pero no aquí, no en un ascensor.

Pulso el botón que pone en marcha de nuevo el ascensor.

—¿Te gusta? —me pregunta al ver cómo devoro el salmón al horno que hay preparado en el horno.

—Esto está buenísimo.

Sirvo un poco más de vino blanco.

—¿Te vas a quedar a dormir? —pregunta cuando hemos recogido la mesa.

—No, mañana es el primer día de trabajo, y quiero salir desde casa. No voy a ir con la misma ropa que hoy —digo.

Puedo ver la tristeza aparecer en su bonito rostro.

—Pero sí hay algo que voy a hacer antes de irme.

—¿El qué?

—Hacerte mía...

La cojo en brazos y la llevo a su dormitorio.

La desnudo sin dejar de besarla, de acariciarla. La tumbo en la cama y, sin apartar mis ojos de los suyos, me hundo despacio en su interior.

Su cuerpo cede cuando empiezo a moverme, a moverme de verdad.

—Oh, Bruno —jadea.

Apenas pronuncia mi nombre, ambos llegamos al clímax.

—Te necesito tanto...

La beso en la frente.

—No más de lo que yo te necesito a ti.

Ella también me necesita... Mi mente retrocede hasta que solo soy un niño de siete años, lleno de temores e infeliz, pero ahora, ese niño me sonrío tímidamente.

CAPÍTULO 24

MARA

Ya hace más de tres meses que Bruno y yo somos oficialmente novios. Ambos vivimos en nuestra propia burbuja de felicidad. Él es muy feliz en su trabajo y, poco a poco, va prosperando en el mismo. Mi trabajo en el bufete sigue creciendo y cogiendo peso en cuanto a casos importantes.

Ya soy una de las letradas más demandadas y mis casos siguen siendo favorables todos.

La vida nos sonríe y no podemos pedir más.

Felicidad y plenitud. Eso es lo que sentimos.

Un mensaje de Bruno capta mi atención. Me cita a las ocho y media en el Mile Sushi Club, uno de mis restaurantes favoritos.

Es muy moderno y tiene unas vistas alucinantes.

—¿Una copa de vino?

Bruno me ofrece una copa de vino blanco.

—Muchas gracias, amor —digo, pronunciando la última palabra con un pestañeo provocativo.

Él me mira fijamente y su semblante se oscurece de manera turbadora.

—¿Estás coqueteando conmigo, señorita Quiroga?

—Sí, lo estoy haciendo, señor Eguia. ¿Qué piensa hacer al respecto?

—Algo se me ocurrirá —dice con voz ronca.

Cuando me meto una ostra en la boca, siento cómo se desliza por mi garganta. Está deliciosa. Sin duda, las ostras de este restaurante son las mejores de todo Madrid.

—¿Qué celebramos? —pregunto mientras corto la lubina que el camarero acaba de servirnos.

—Todo a su tiempo... —responde, misterioso.

Entrechocamos las copas y yo me ruborizo. Su mirada penetrante sigue logrando intimidarme.

Terminamos la deliciosa cena y nos levantamos dispuestos a irnos.

Él me sigue observando con su turbia e intensa mirada. ¿Qué estará tramando?

—Estoy impaciente por llegar a casa —dice con voz sexi.

—¿A casa? —pregunto con curiosidad.

Me guiña un ojo, pero no dice nada.

Nos montamos en su coche y salimos del *parking*. No sé a dónde me lleva, no es a mi casa ni a la suya.

Paramos cerca de parque del Retiro.

—Es aquí —dice, sacando unas llaves de su pantalón.

—¿Aquí? ¿El qué?

Me coge de la mano y me lleva a un moderno edificio de cuatro plantas. Abre la puerta del portal mientras yo lo miro sin comprender.

—Adelante —dice cuando llegamos al tercer piso—. Bienvenida. Espero que esta sea nuestra casa a partir de ahora.

—¿Cómo dices? —pregunto, atónita.

—Hogar, dulce hogar... —responde con una amplia sonrisa.

Me entra de la mano al recibidor. La decoración del interior es moderna: paredes blancas, madera blanca y wengué, tarima oscura.

El salón es pequeño, pero está perfectamente decorado. Sin poder articular palabra, voy junto a él mientras me enseña todo el piso.

—Es nuestro, Mara —vuelve a decir—. Lo he comprado para los dos.

—¿Nuestro? ¿De los dos?

Asiente mientras me atrae con fuerza.

A través del pasillo me lleva a una de las habitaciones.

Cuando abre la puerta del dormitorio principal, no puedo creer lo que veo.

Ha adornado con flores toda la habitación. Sobre la cama, miles de pétalos de rosas rojas dibujan varios corazones. Es realmente abrumador.

—Esto es... —no me salen las palabras.

—Mara —dice hincando una rodilla en el suelo—. Te quiero como no pensaba que se podía llegar a amar. Quiero pasar todos y cada uno de los días de vida que me quedan contigo. Amarte, honrarte y protegerte durante el resto de mi vida. Para siempre. Cásate conmigo. Sé mi esposa.

Saca una cajita de terciopelo rojo del bolsillo y levanta sus preciosos ojos verdes hacia mí. Dentro hay un magnífico anillo.

Le miro y parpadeo completamente emocionada y enamorada.

—Sí, quiero ser tu esposa.

Él sonríe pletórico y desliza el anillo en mi dedo. Es un precioso diamante sobre oro rosado. Es exquisito. Como él.

Se levanta y lo beso con todo mi corazón y mi alma. Volcando mi vida en ese beso.

—Me has hecho tan feliz —susurra.

—Yo te quiero tanto, que temo morir de amor.

—Y ahora ya eres mía... realmente mía.

—Siempre lo he sido...

Envalentonada y llena de deseo ante mi futuro marido, le exijo que se tumbe en la cama.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunta con picardía.

—Te voy a follar, futuro esposo. Te voy a follar de tal manera que mañana no vas a poder

caminar.

Abre los ojos como platos ante mi osadía. Se tumba mientras me mira con deseo.

Me desnudo ante él, poco a poco. Sin apartar sus ojos de los míos, traga saliva y respira agitado.

Subo a horcajadas sobre él y tomo su cara entre mis manos, le levanto la cabeza y me inclino a besarle.

Me aprieta fuerte contra él y puedo notar su erección. Me desea tanto como yo lo deseo a él.

Con un rápido movimiento se quita los pantalones, liberando su miembro. Lo cojo y, a un ritmo deliciosamente lento, lo introduzco en mí.

Imprimo mi ritmo y le someto a él.

—Eres mío... —digo en un gemido mientras sigo marcando el ritmo con mis caderas.

—Soy tuyo... —gime cerrando los ojos.

Aprieto fuerte una vez, y otra, y otra más... Noto cómo nuestros cuerpos se tensan al alcanzar el orgasmo a la vez.

Me derrumbo sobre su pecho.

—Para siempre... —dice apretándose contra él.

—Para siempre...

Y justo en este preciso instante lo veo. Que separarnos solo nos sirvió para querernos todavía más. Para que nuestra unión se hiciera más fuerte. Tal vez el destino, o Dios, o ambos, así lo habían querido.

Estábamos predestinados. El uno para el otro. Para siempre. Por siempre. Él. Solo él. Mi amor. Mi futuro marido. Mi vida entera. Mi todo.

FIN

EPÍLOGO

—Puedes besar a la novia —el padre José Luís sonrío—. Enhorabuena a los dos.

—Al fin eres mía —me susurra tirando de mí para rodearme con los brazos y darme un beso casto en los labios.

—Siempre lo he sido.

—Pero ahora ya lo eres ante los ojos de Dios.

Estoy casada. Soy la señora Eguia. No puedo ser más feliz.

—No veo el momento de quitarte el vestido —murmura y sonrío con los ojos brillantes de amor y deseo.

—Si quieres, nos vamos —bromeo sonriendo.

La fiesta ya está en pleno apogeo. Mis padres conversan con la madre de Bruno. Mi abuelo habla con un abogado amigo suyo. Mis amigas, los amigos de Bruno, varios sacerdotes... Casi doscientos invitados al final que parecen pasarlo de maravilla.

El banquete se ha celebrado en una finca cercana a Madrid. Parece un decorado de ensueño. Todo está precioso.

—Baila conmigo —dice mi ya marido—. No puedo estar separado de ti ni un segundo.

—Ya veremos cuando llevemos un año casados —río como una boba.

—Entonces todavía te querré más.

Sus palabras me llenan de júbilo. Me hace tan feliz.

—Te vas a quemar —las palabras de mi marido me devuelven de golpe al presente.

—¿Te preocupa la salud de mi piel, esposo mío?

—Mucho... si te quemas, no te voy a poder tocar —sonrío con picardía.

Suspiro y me desperezo en la tumbona. Me había quedado dormida y estaba soñando con nuestra boda. Todavía me parece un sueño.

Levanto la vista para mirar a través de las rendijas de la sombrilla de paja y admiro el precioso cielo azul de Bali. Bruno está tumbado a mi lado. Con un bañador rojo y unas gafas de sol de aviador. Parece un actor de cine.

Son los últimos días de nuestra luna de miel y estamos relajados en una de las playas del complejo Daum Lebar Villas.

Me incorporo en la tumbona y contemplo las suaves olas del mar.

—¿Te vienes al agua? —pregunta mientras se levanta.

—Me da pereza... ¿Me llevas en brazos? —bromeo.

De repente se lanza sobre mí y me coge en brazos.

—Señora Eguia, la pereza es un pecado capital —dice mientras me lleva al agua.

Yo grito divertida.

Me va hundiendo lentamente en el agua.

—¿Quieres que vayamos más adentro? —pregunta juguetón.

—Sí —susurro.

Nadamos hasta que apenas toco suelo.

—¿Me vas a follar aquí? —pregunto insaciable.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí...

—No sabía que eras tan exhibicionista —ríe divertido—. No quiero que nos detengan por escándalo público, la verdad.

De repente me coge por la cintura y me tira al aire, dejando que caiga al agua y me hunda bajo las olas. Salgo a la superficie riendo, escupiendo y tosiendo.

—¡Me las vas a pagar todas juntas! —digo en broma.

—No veo el momento...

Llegamos a la pequeña villa donde estamos alojados.

Me quito el pareo y el bikini y me quedo desnuda delante de él.

La mirada que me dedica podría derretir un iceberg.

—Eres tan preciosa...

Me tumba en la enorme cama..

—¿Esto es lo que querías? —dice introduciéndose poco a poco en mí.

—Sí... —jadeo en su boca.

Empuja un poco para volver a entrar y se retira a la vez que me besa.

El placer se incrementa con cada embestida.

—Pues lo vas a tener —jadea junto a mi oreja—. Cada día, a cada instante... siempre.

Sus palabras hacen que me lleven al cielo, haciendo el orgasmo todavía más intenso.

—No te haces una idea de lo feliz que me haces —dice cuando se deja caer a mi lado.

—Lo sé, porque tú también me lo haces sentir a mí.

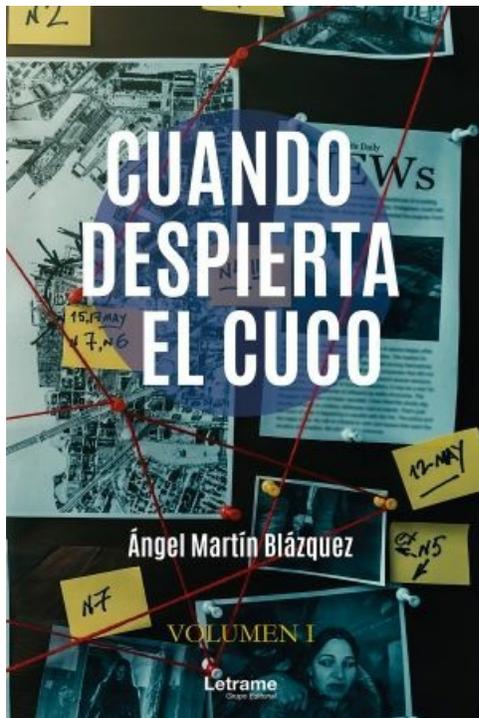
Sonrío con timidez. Mi ya marido sigue despertando esa timidez en mí.

—Te quiero, Mara.

—Yo también te quiero, Bruno. Siempre.

AGRADECIMIENTOS

A todo aquel que ha estado junto a mí desde la primera novela. A ti, lector, tú eres la parte más importante de todo esto. Haces que pueda plasmar mis pensamientos en papel. Gracias, gracias por haber hecho posible esta sexta novela... Ni en mis mil vidas lo hubiera llegado a imaginar. Solo espero que la historia de Bruno y Mara os haya llegado al corazón.



Quando despierta el cuco

Martín Blázquez, Ángel

9788418542961

200 Páginas

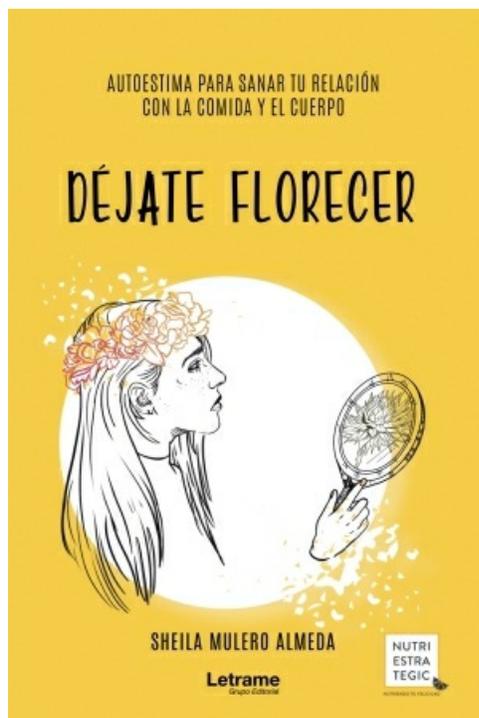
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ocho invitados con ocho secretos son reunidos en una siniestra mansión. 22 de diciembre, la nieve azota con fuerza quedando atrapados a todos en su interior. Cuando descubren el primer cadáver nadie puede confiar en nadie, pero lo que aún no saben es que mientras se van descubriendo las vidas pasadas de los invitados, ese primer asesinato, tan solo es el comienzo. Solo puede quedar uno.

Meses después de los asesinatos de diciembre, se desencadenan acontecimientos que llevan al inspector Aitor Guterrez de la unidad O.I.N.N, especializada en la caza de asesinos en serie, a seguir los consejos de su nuevo asesor Tomas Brown, un exfederal afincado en Cádiz que dirige un pequeño despacho de investigación privada.

Lo que en un principio suponen que es un crimen aislado, se convierte en un juego macabro, una competición nunca vista entre dos psicópatas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Déjate florecer

Mulero Almeda, Sheila

9788418362286

230 Páginas

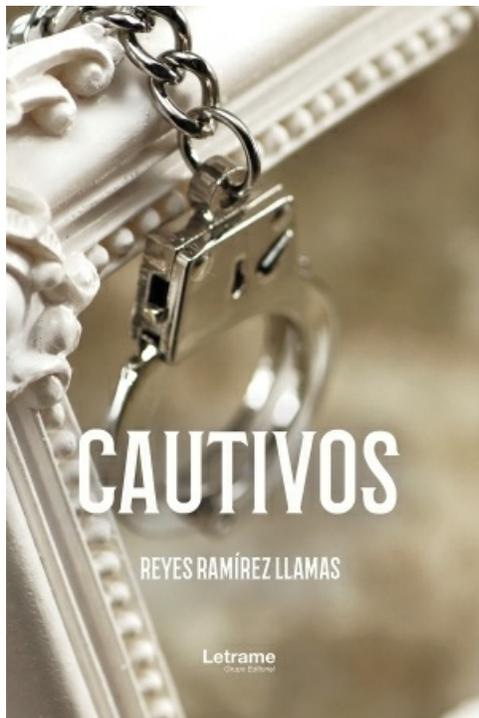
[Cómpralo y empieza a leer](#)

El objetivo principal de este libro es ayudarte a indagar dentro de ti, conocerte y cuestionarte, aprender a romper las creencias disfuncionales que te invalidan en tu vida. Aprender a quererte y aceptarte como acto de revolución. Solventar tu relación disfuncional o tormentosa con la comida (la cual está totalmente ligada a la mala relación contigo misma y tu cuerpo).

A lo largo de estas páginas, podrás hacer un recorrido por todos los aspectos que considero necesarios para que puedas atravesar y transitar tu proceso terapéutico sintiéndote lo más segura y acompañada posible.

Como en el proceso de crecimiento de una planta, me gustaría con este escrito plantar una semilla, y que aprendas a regarla con cariño y que, con mucha paciencia, consigas verla(te) florecer.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Cautivos

Ramírez Llamas, Reyes

9788418064999

130 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Se suponía que debía temerle, pero me atrae.

Se suponía que debía someterla, pero la protejo.

Se suponía que debían mantener las distancias, pero se enamoran.

Él es su captor, ella su cautiva, pero... ¿Y si ambos están ahora cautivos?

Déjate seducir por esta apasionante y adictiva historia.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reprogramación emocional



Nicolás Pascual Sancho

Letrame
Grupo Editorial

Reprogramación emocional

Pascual Sancho, Nicolás

9788417608705

274 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Aunque es sabido que la felicidad en gran medida está vinculada a nuestra capacidad para gestionar las emociones, en muchos aspectos, nuestra cultura social parece estar enfocada al desarrollo del intelecto, sin tener en cuenta la importancia del desarrollo de la Inteligencia Emocional, debido a ello, tenemos una sociedad con unos niveles de estrés, frustración, y ansiedad muy elevados, en gran medida provocados por no tener herramientas para gestionar nuestras emociones. En este libro, encontraras explicaciones que te ayudaran a conocerte, comprenderte y a gestionar tus emociones, además de ejercicios prácticos que te ayudaran a identificar y resolver los conflictos emocionales desde su origen.

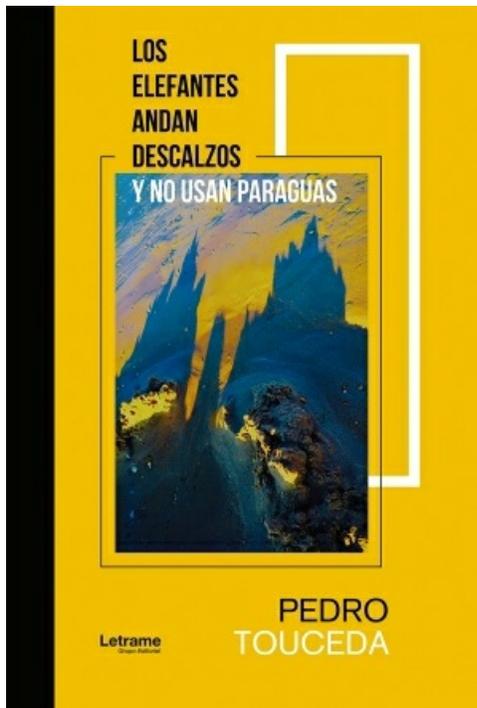
Nuestro cerebro, es una herramienta extraordinaria que graba y procesa todas las sensaciones y emociones que percibe a través de los sentidos, desde antes de nacer hasta el momento presente.

Muchas de esas emociones quedan plasmadas en nuestra memoria inconsciente, e influyen, en la forma en la que nos relacionamos con nuestro entorno. Podríamos decir, que la memoria inconsciente dirige el guion de nuestra vida, es, quien marca las pautas que rigen nuestro comportamiento. Este libro puede ayudarte a comprender y a contestar las siguientes preguntas, así como facilitarte pautas y herramientas que te ayudaran a resolver dichos comportamientos.

¿Por qué algunas personas tienen comportamientos adictivos que no pueden controlar?

¿Cómo es posible que una persona adulta e inteligente tenga miedos irracionales y fobias, que no puede afrontar ni superar? ¿Por qué tenemos comportamientos de dependencia emocional? ¿Por qué se repiten algunos patrones a lo largo de nuestra vida?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Los elefantes andan descalzos y no usan paraguas

Touceda, Pedro

9788417990107

180 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Los elefantes andan descalzos y no usan paraguas es una novela construida a partir de varios relatos independientes que tienen como eje vertebrador a la singular familia numerosa de los Touceda y como escenario principal el barrio de la Colonia de Lourdes, situado junto a la Casa de Campo de Madrid. La Colonia de Lourdes es un peculiar "minipueblo" construido por el prestigioso arquitecto Sáenz de Oiza donde han vivido de niños, entre otros, el cómico **Carlos Arroyo** (Faemino), el actor y director **Sergio Peris-Mencheta**, la actriz y cantante **Natalia Millán** (Cabaret, Chicago, Billy Elliot), **Álvaro Martín** (el Agapo, FESTIMAD), **Paz Tejedor** (manager de Radio Futura) o **José Benayas**, ayudante de dirección de películas como *El Bola*.

El autor mezcla realidad y ficción para realizar un periplo por su infancia y adolescencia que, al mismo tiempo, supone un apasionante y apasionado recorrido por la España de los 60, 70 y primeros 80. Con una prosa directa, ágil y brillante, y un anecdótico rebotante de aventuras, la novela nos sumerge en un mundo particular y a la vez común, pues en la mayor parte de los capítulos salen a rescatarnos juegos y vivencias experimentados por varias generaciones de

españoles. Como cada una de las historias aborda diferentes aspectos de aquellos años -con la misma dosis de realismo, magia, ternura e ironía- la novela te viaja, te sorprende y te conmueve.

[Cómpralo y empieza a leer](#)